

Capítulo 19: Camino hacia la fundación de Institutos religiosos (1814-1816)

La simple enumeración de las obras emprendidas y dirigidas por el P. Chaminade lleva a preguntarse cómo podía bastar un solo hombre para semejante tarea. Efectivamente, no habría bastado y sus trabajos habrían obtenido un resultado mediocre, si no le hubiesen ayudado, si colaboradores de toda edad y condición no se hubiesen presentado para compartir su carga y descargarle de una infinidad de trabajos que no dependían directamente de su ministerio de sacerdote y de iniciador.

Por parte de los Padres de familia, la dedicación era más meritoria por el hecho de que lo más a menudo venía de hombres absorbidos por sus propias ocupaciones y las exigencias de su posición. Un sencillo carpintero llamado Arnouil gastó un tiempo y un ardor considerables en provecho de sus cohermanos de la división de los artesanos. El chatarrero Loustau tenía la responsabilidad de la visita de las prisiones. Entre los miembros más acaudalados de la Agregación no faltaban los que consideraban un deber aportar a las obras su apoyo moral y pecuniario: el banquero Pommez, los ricos comerciantes Changeur¹ y Bardinet ponían al servicio de estas obras todo el interés que les inspiraba su amistad con el P. Chaminade. El antiguo alcalde de Saint-Loubès, Lapause, uno de los fundadores de la Agregación en 1802, sólo tenía la preocupación de algunos viñedos y consagraba a la Congregación el resto de su tiempo: sostenía con cartas de piedad y ánimo el fervor de las Congregaciones afiliadas y les comunicaba sus discursos apologéticos y morales, fruto de su larga experiencia.

De todos los auxiliares proporcionados por la Agregación, el más activo y de más valor era el abogado David Monier, el señor David, como se le conocía familiarmente en el entorno del P. Chaminade. Era el alma de la Agregación y de las obras que dependían de ella. Pero su papel no quedaba ahí. Cuando el P. Chaminade perdió al anciano Davasse que, como se recordará, le servía de secretario en la época de la supresión de la Congregación, David Monier se ofreció a ocupar su puesto. A partir de ese momento su tiempo, su pluma, su palabra, todo estuvo consagrado al P. Chaminade y a la Congregación. Proponía y redactaba los reglamentos, se ocupaba de la correspondencia oficial y una parte de la privada del director, visitaba las Congregaciones afiliadas, trataba todos los asuntos temporales. Era el amigo y el consejero habitual del P. Chaminade y, aunque su opinión no siempre podía ser seguida, tenía un gran peso por los vastos conocimientos sobre los que se fundaba.

Los sacerdotes congregantes se mostraban igualmente diligentes en ayudar al P. Chaminade, cuya sabiduría y competencia en las obras de apostolado se revelaba más cada día. De sus antiguos colaboradores de 1803 quedaban sólo unos pocos: la muerte y el alejamiento de Burdeos habían disminuido sus filas. Lacroix, Bergey y algunos otros habían muerto, el vicario Boyer no iba a tardar en bajar a la tumba (1818); el P. Rauzan había creado la Compañía de los Misioneros de Francia, y esta fundación le había arrancado definitivamente de su ciudad natal. Pero los vacíos se habían llenado con una nueva generación: toda una pléyade de jóvenes sacerdotes se inspiraba en la Congregación y prestaba a su director una ayuda de mucha dedicación. Entre ellos estaban, por ejemplo, el P. Dasvin, que le ayudaba en la dirección espiritual de los jóvenes, los dos sacerdotes Gignoux, de los que uno, Emilio, era director de colegio en Burdeos² y el otro, Armand, no se habría separado nunca del P. Chaminade, como lo declararía más tarde³, si no hubiese sido llamado a la edad de veinticinco años a tomar la dirección del Seminario mayor de Beauvais para ser promovido enseguida a la sede episcopal de esta misma ciudad⁴. Estaban también el P. Rigagnon, que dirigía la congregación de Chartrons, y el P. Noailles⁵, que, aunque estuviese ocupado con sus propias obras, contribuía al éxito de los cursos de la tarde en la Congregación.

¹ Pierre Changeur era uno de los ricos bordeleses que habían podido salvar su cabeza durante la Revolución pagando un rescate: pagó 100.000 francos. Cf. Vivie, *Hist. de la Terreur*, p. 354.

² Jean-Paul-Emile Gignoux nació en 1793, fue vicario general de Burdeos en 1833 y murió en 1870.

³ En la consagración de la capilla del orfanato de Merles, dirigido por los discípulos del P. Chaminade (4 de junio de 1864).

⁴ Joseph-Armand Gignoux, nacido en 1799, llegó a ser obispo de Beauvais en 1842 y murió en 1878, dejando en sus diócesis huellas duraderas de su gran caridad.

⁵ Pierre-Bienvenu Noailles, nacido el 27 de octubre de 1793, muerto el 8 de febrero de 1861, uno de los fundadores de los Amigos cristianos del P. Martegoutte (ver más arriba capítulo 17), se sintió llamado al

Más que ninguno de estos jóvenes sacerdotes, el P. Goudelin tenía el espíritu de su padre común, obedeciéndole como un hijo y consagrando a la Congregación todo lo que podía darle de su tiempo y de su celo. Le hemos conocido prefecto de la Congregación antes de la supresión; después había llegado a ser misionero diocesano y se había ganado una reputación de orador de la que se beneficiaban no sólo las diferentes parroquias de la diócesis a las que le llamaba su ministerio, sino también la Congregación. Por su celo se implantaron en la diócesis de Burdeos varias congregaciones nuevas, y el P. Chaminade pedía a menudo su colaboración para sostener estas congregaciones o para predicar retiros en la Madeleine. No sabía negar nada al P. Chaminade y se habría dedicado exclusivamente a sus obras, si la Providencia no le hubiese dirigido por otro camino. Sus aptitudes especiales le colocaron, siendo todavía joven, al frente del colegio de sordomudos de Burdeos. Lo hizo tan bien que en 1822 fue nombrado para tomar, a la muerte del P. Sicard, la dirección del Instituto real de sordomudos de París. Se negó por modestia, y Alexis Noailles, actuando en nombre del ministro, pidió al P. Chaminade que interpusiese su autoridad. Fue así como el P. Goudelin fue a París a tomar posesión de este puesto. Más tarde entró en la Compañía de Jesús⁶.

Entre los jóvenes, los colaboradores del P. Chaminade eran legión. El hábil director sabía aprovechar todas las buenas voluntades y, al mismo tiempo, inculcar el espíritu apostólico a los que sus talentos o su situación daba cierta influencia. A los congregantes ordinarios confiaba preferentemente misiones individuales, pero no temía asociar a los dignatarios a la dirección general de la Asociación.

Cada dignatario debía ser y era efectivamente un apóstol. No podemos nombrar a todos los que tomaron una parte efectiva en los trabajos de la Congregación, pero tenemos que hacer una mención especial de aquellos cuya colaboración ha dejado huellas más profundas. El primer puesto en esta enumeración corresponde con todo derecho al que llevaba el título de «decano de los antiguos prefectos», Jean-Baptiste Estebenet. En 1814 solicitó su admisión en la resucitada Compañía de Jesús, pero el P. de Clorivière, le prescribió una probación en el mundo, y así aprovechaba esta demora para aumentar la suma de bien que debía dejar detrás de él al entrar en el claustro⁷. Su colegio de la calle des Menuts era una verdadera sucursal de la Congregación. Allí eran profesores Jacques Brougnon-Perrière, uno de los colegas de Lafon en el colegio de Figeac, antes de la supresión de la Congregación, y algunos jóvenes eclesiásticos, totalmente adictos al P. Chaminade, como Gaston de Laborie y sobre todo Jean-Baptiste Lalanne, dotado de notable capacidad y orador apreciado de las reuniones del domingo por la tarde.

Jean-Baptiste Guitard, uno de los dignatarios más entregados de los primeros años de la Restauración, fue segado por la muerte en la flor de la edad en agosto de 1821; dos excelentes prefectos, Jean Claverie y Jean-François-Marie Lablancherie, fueron arrebatados de la Congregación en iguales circunstancias y con un mes escaso de intervalo, en 1824 y 1825, incluso uno de ellos en el ejercicio de sus funciones: el recuerdo de sus virtudes y de su celo quedó vivo durante mucho tiempo en la Congregación⁸. Merecen también ser distinguidos otros prefectos de esta misma época: el P. Collineau, eclesiástico muy prometedor, elegido prefecto en 1818 con el voto unánime de sus cohermanos; Pierre Delpech, prefecto en 1820, Charles Langlois, prefecto en

sacerdocio mientras hacía sus estudios de derecho en París. Volvió a Burdeos y ayudó al P. Chaminade siendo vicario de Sainte-Eulalie. No tardó en ser completamente absorbido por sus fundaciones, de las que tendremos ocasión de hablar más adelante, en el capítulo 30.

⁶ No estuvo mucho tiempo en París porque se sentía llamado a una vida más apostólica. A partir de 1824, dirigió a los misioneros diocesanos de Burdeos y, después de su supresión, entró, en 1832, en la Compañía de Jesús. Trabajó en ella mucho tiempo, rodeado de una gran veneración, y murió en Toulouse el 11 de mayo de 1863. Había nacido en Burdeos el 19 de octubre de 1778 (Notas proporcionadas por el R.P. Ayrolles, S.J.).

⁷ Jean-Baptiste Estebenet, nacido en Burdeos el 20 de agosto de 1777, dirigió durante treinta y seis años uno de los internados más estimados de la ciudad, fue admitido a probación en la Compañía de Jesús, en el colegio de Pasajes en España (1831), hizo su noviciado en Milán y Avignon, y pasó los doce últimos años de su vida (1836-1848) en Dôle, donde murió siendo procurador del colegio de esta ciudad. (Según las notas del R.P. Ayrolles). *La afirmación "dirigió durante treinta y seis años uno de los internados..." es manifiestamente errónea. El internado de Estebenet no pudo fundarse más que después de 1801 y en 1819 Estebenet dejó de dirigir el internado que pasó a la recién fundada Compañía de María.*

⁸ Un cuadro que adornaba la sala de la Congregación representaba a Jean Claverie muriendo, rodeado de los congregantes sus amigos. Sostenía en sus manos la fórmula de su consagración a María y, por la serenidad de su rostro, expresaba su confianza en Aquella a la que había servido tan bien.

1823 y 1825⁹; finalmente tres jóvenes cuyos nombres son sinónimos de entrega total: Marc Arnozan, Quentin Loustau y Antoine Faye, los tres penetrados de un espíritu apostólico que subordinaba sus intereses personales a los de la Congregación y les llevaba a no fundar una familia para disponer de su tiempo, de su persona y de su fortuna en favor de las buenas obras.

Los dos primeros estaban en la brecha desde el tiempo del Imperio y se mantuvieron hasta el final de su carrera. Marc Arnozan pertenecía a la familia de los Arnozan que ya en la Revolución había arrojado tantos peligros por la fe¹⁰. Volvía de hacer campaña en los ejércitos de la República, cuando se constituyó la Congregación en 1801. Fue admitido y a ella debió, no lo ocultaba, su perseverancia en el bien. Su ardor apostólico y su capacidad le hicieron ser elegido en 1804 para el cargo de prefecto. Después ocupó ese puesto varias veces.

En el Imperio fue el modelo y el apoyo de los congregantes. Pero, en la época de la Restauración, no se contentó con ese papel: dejó sus ocupaciones y puso toda su existencia a disposición del P. Chaminade por el bien de la Congregación. Él mismo explica su decisión en 1826¹¹: «Quiso la Reina de los cielos hacerme comprender que ella quería que yo renunciase al mundo para dedicarme totalmente al bien de la Congregación que le está consagrada. Su invitación fue para mí una orden. Me retiré totalmente de los negocios para ocuparme sólo de las obras de la Congregación, y entregarme sin distracción al cuidado de mi salvación y a la salvación de mis hermanos. Llegado ahora a la madurez de la edad, después de pasar veinticinco años en la Congregación, de los cuales doce totalmente consagrado a su obra, creo que he adquirido una experiencia que debo a mis hermanos». En efecto, él se daba por entero. Así comprendía su tarea de prefecto¹²: «Soy todavía prefecto en ejercicio. Rogad pues a Dios por mí y haced rogar también a vuestros jóvenes. ¡Cuántos cuidados y preocupaciones al frente de una Congregación tan numerosa! ¡Tantos jóvenes a los que es preciso ayudar a vivir cristianamente en el mundo! Es un laberinto como para perder la cabeza»¹³.

Preocupado incesantemente del progreso de la Congregación de Burdeos, era también la providencia de las congregaciones afiliadas, y, con algunos Padres de familia, su corresponsal habitual. Acompañaba a menudo al P. Chaminade en sus viajes, y a veces lo suplía. Fue infatigable hasta el final: todavía en 1844 le vemos asistir a las sesiones del consejo. Ya mayor, cuando sus ojos no le servían suficientemente, pediría a la Congregación una ayuda caritativa para guiarle en sus oraciones y leerle la Imitación de Cristo o la Vida de los santos¹⁴.

Quentin Loustau no era menos admirable en su generosidad. Hombre de fe cuya modestia y probidad no tenían más parangón que su celo por los intereses de la Congregación, cumplió varias veces el cargo de prefecto, y, aunque era poco ilustrado, se imponía a todos por la superioridad de su carácter y el resplandor de su virtud. Sus hermanos, Alexis y Valentin, compartían con él la misma pasión por la prosperidad de la Congregación. Erigieron una en su país de origen, en Coarraze en los Basses-Pyrénées, y consagraron a las buenas obras la mayor parte de su fortuna¹⁵.

Antoine Faye entró en escena en la Congregación mucho tiempo después de Marc Arnozan y Quentin Loustau. Nació en 1799. Después de hacer sus estudios en París, volvió a Burdeos hacia el año 1823, con el título de doctor en derecho. Se unió al P. Chaminade, fue iniciado por él en el

⁹ Charles Langlois (1802-1874), propietario del castillo Cujac en Saint Aubin, cerca de Burdeos, era hijo de un intrépido corsario, Eugène Langlois, que durante las guerras de la Revolución y del Imperio hizo una guerra encarnizada a la marina inglesa y no fue nunca capturado. Una calle de Burdeos lleva su nombre.

¹⁰ El oratorio de Michel Arnozan fue, durante el Terror, uno de los más frecuentados de la ciudad. Cf. H. Lelièvre, *Les ursulines*, p.37, 43 y siguientes.

¹¹ Al prefecto de la Congregación de Auch, 16 de febrero de 1826.

¹² La misma carta del 16 de febrero de 1826.

¹³ Se ve su virtud y su preocupación de dar buen ejemplo por este episodio que nos ha contado su pariente señorita Arnozan: en el servicio militar trabó amistad con el futuro artista Lafon, cuyo talento era incluso comparable al de Talma, y, reconociendo las aptitudes de su amigo, le aconsejó dedicarse al teatro: en esta fecha todavía no se había convertido. Mucho tiempo después, Lafon, que había seguido su consejo, vino a representar una obra al gran teatro de Burdeos, y Marc ardía del deseo de ir a ver a su amigo. Pero tuvo la fuerza de voluntad de abstenerse, por el temor de dar un mal ejemplo a los congregantes.

¹⁴ Recuerdos del Sr. Durand, farmacéutico en Eysines. Marc Arnozan murió el 7 de septiembre de 1858.

¹⁵ Estas informaciones nos vienen también de la amabilidad del Sr. Durand, sobrino de los hermanos Loustau. Quentin Loustau murió el 3 de junio de 1861. No hay que confundir estos Loustau con el chatarrero del mismo nombre del que hemos hablado más arriba en este mismo capítulo. Las dos familias son distintas.

apostolado y llegó a ser, a partir de los últimos años de la Restauración, uno de sus más fieles discípulos y de sus más activos colaboradores. Su estudio de procurador judicial le absorbía demasiado a su parecer. Lo vendió y no conservó más que un despacho de consultas, cuyo beneficio fue a las buenas obras. Prefecto de la Congregación varias veces a partir de 1827, ponía un interés extremo en conservar el espíritu primitivo y, después de la muerte del P. Chaminade, le gustaba escribir y leer a los jóvenes rasgos de la vida de su venerado maestro. Se dio con un gusto especial a las obras de caridad y su nombre era tan conocido como insigne benefactor de los pobres que el gobierno de julio, cuando prohibió a los congregantes la visita a las prisiones, tuvo que hacer una excepción con el procurador Faye. Como veremos, fue el hombre de bien que más contribuyó a establecer en Burdeos las Conferencias de San Vicente de Paúl y la Obra de San Francisco de Regis. Hasta su muerte (1882), permaneció fiel a su ministerio de caridad.

Nos hemos detenido en hacer conocer al lector algunos de los colaboradores del P. Chaminade. Sería justo presentar también a las colaboradoras que, no menos numerosas ni menos entregadas, mantenían el fervor de la rama de las jóvenes y las obras que estaban relacionadas con ellas. Desgraciadamente, a falta de documentos, nos vemos reducidos a no citar más que sus nombres: las señoras Delbos, Bahans, Elissagaray, Sauteiron, etc. por las Damas del Retiro, y las señoritas Lacombe, Chagne, Lablancherie, Henriette Bidon, etc. por las jóvenes. Sólo nos han llegado informaciones de una de ellas, la señorita Lacombe. Se conservan en escasos fragmentos de la correspondencia del P. Chaminade anterior a la fundación de sus órdenes religiosas. Lo que ahí se nos dice de la señorita Lacombe, que había sucedido a Marie-Thérèse de Lamourous al frente de la Congregación, nos hace sentir todavía más no tener informaciones sobre las otras colaboradoras.

Así se expresaba el P. Chaminade el 24 de octubre de 1811¹⁶, en la época de la supresión: «La señorita Lacombe hace el bien a las jóvenes. Lleva a la virtud y a la religión a todas las que se acercan a ella; hay varias que la ven a menudo: se diría que es su madre por la confianza y la intimidad que reinan entre ellas». He aquí cómo cuenta su fin predestinado¹⁷: «La señorita Lacombe murió el 23 de enero de 1814, o más bien, entonces empezó a vivir la única vida deseable. Su virtud no se desmintió ni se debilitó hacia el final de su carrera. Habíamos convenido, cuando pareció desahuciada, que no manifestaría nunca la dicha que tenía de sufrir mucho y su alegría de ir a la patria celeste. Durante su vida, todas sus penitencias y humillaciones le parecían pocas. Se alegraba interiormente al ver alejarse cada día la hora de su muerte, para sufrir más antes de su partida. Pasó cerca de un mes con dolores muy fuertes. Durante los ocho o nueve últimos días sólo podía moverse con la ayuda de una compañera; el último día ésta se dio cuenta de que cuando la enferma veía llegar poco más o menos la hora en que yo la visitaba, se hacía dar la vuelta para sufrir más y privarse del placer de verme. Desde hacía tiempo, cada hora hacía una estación del Via crucis, y, las tres últimas semanas, en cada estación, ofrecía sus sufrimientos por una de las fracciones de las jóvenes. No he encontrado nunca un celo más vivo y más constante por la salvación de las jóvenes. Revestida de una gran modestia y una profunda humildad, desde hacía varios años, se ocupaba sin cesar de instruir las, animarlas, hacerles toda clase de servicios o de orar por ellas».

Así pues, no faltaban las buenas voluntades en torno a aquel sobre el que recaían tantas y tan graves preocupaciones. Recibían de él todo su impulso y, gracias a esta unidad de dirección, operaba cada una en la esfera que le era conveniente y todas contribuían a la prosperidad del conjunto. Sin embargo, podían preverse algunas objeciones: el P. Chaminade ¿se bastaría indefinidamente para presidir él solo un campo de acción que se ampliaba sin cesar? Si se bastaba, ¿llegaría a asegurar en todo momento esa unidad de puntos de vista tan difícil de realizar entre hombres que conservan su independencia unos de otros? Finalmente, cuando desapareciese, ¿Quién recogería su pesada sucesión?

Estos pensamientos le preocupaban. Se reflejan en un pasaje de una memoria en favor de la Congregación: después de enumerar las cualidades que debe reunir un director de congregación, añade: «Es preciso todavía más que lo que hemos dicho, es preciso un hombre que no muera»^a. ¡Cuánta verdad encierran estas palabras, sobre todo teniendo en cuenta que no se trataba de la dirección de una congregación aislada, sino de la Congregación-madre, alrededor de la cual giraba

¹⁶ Carta a Adela de Trenquelléon. Ver más arriba. p. 130. *Carta 44, Lettres, t. I, p. 74.*

¹⁷ A Adela de Trenquelléon, fin de marzo de 1814. *Fecha ligeramente equivocada, es la carta 47, de abril de 1814, Lettres, t. I, p. 77.*

^a *EP, v. 1, p. 665.*

todo un conjunto de asociaciones y de obras que constituían un apostolado en cierto modo universal! Este «hombre que no muere» no podía ser, no era, en el pensamiento del P. Chaminade, más que un Instituto religioso, que lleva en sí mismo el principio de su vitalidad y de su perpetuidad. Era, pues, normal que pensase en rodearse de colaboradores totalmente desprendidos de las preocupaciones del mundo, entregado únicamente a su obra, y unidos entre ellos, como con él, por los lazos de los votos de religión.

Esta intención se veía reforzada con el atractivo especial que en todo tiempo había experimentado por el estado religioso. En realidad ya había abrazado sus obligaciones esenciales a la edad de catorce años, todas sus aspiraciones de juventud le conducían hacia él y, aunque las circunstancias habían puesto obstáculos a la realización de este deseo, hasta la edad de sesenta años que iba a cumplir había llevado la vida mortificada, pobre y oscura del religioso. Para él, el estado religioso era «el cristianismo completo, el tesoro escondido, que se encuentra dejándolo todo, que se compra sin reservarse nada»¹⁸. Estaba convencido de que el estado religioso era indispensable a la Iglesia para que el evangelio se aplicase íntegramente, y no dudaba de que su restablecimiento en Francia era una de las primeras necesidades al salir de la Revolución. Dice uno de sus discípulos¹⁹: «Estaba profundamente convencido de que el cristianismo no sería realmente restablecido en Francia más que por la restauración de las órdenes religiosas. No veía la práctica entera y completa de las virtudes cristianas más que en la profesión religiosa y tenía la firme confianza de que, si la divina Providencia, quería el restablecimiento del cristianismo, protegería y haría que saliese adelante un intento que tenía como fin devolver al cristianismo sus instituciones esenciales». «Además, añade el mismo testigo haciendo alusión a la llamada misteriosa de Zaragoza, estos pensamientos no eran en el P. Chaminade sólo el producto de sus profundas meditaciones y de su sabiduría: le habían sido inspirados por una vía sobrenatural, según la confidencia que hizo a algunos de sus primeros discípulos».

Al salir de la Revolución, la empresa era difícil. La institución monástica estaba desacreditada, no sólo por las diatribas de los filósofos sino también por los abusos reales que la funesta *Comisión para los regulares*, creada en 1765²⁰, no hizo más que agravar en lugar de suprimir. La Asamblea Constituyente se mezcló en el asunto y de un plumazo borró los votos religiosos y las reglas monásticas del código de las leyes francesas. Entonces cerca de la mitad de los religiosos aprovecharon la libertad que se les daba y muchos de esos desertores engrosaron con ostentación las filas del clero constitucional, y algunos fueron más lejos en su apostasía.

El P. Chaminade, «que había asistido a este paso de la justicia de Dios»²¹, no había podido pensar, a su vuelta a Francia, en rehacer una orden de hombres, teniendo en cuenta además que un decreto consular del 3 messidor año XII (23 de junio de 1804) prohibía formalmente ese tipo de fundaciones, sin el reconocimiento del poder. A lo más se habría podido ocupar de la creación de una comunidad de mujeres. Efectivamente las religiosas eran toleradas e iban a ser oficialmente autorizadas a partir de 1806. Era un favor conducido por la Providencia porque, a diferencia de lo sucedido en los religiosos, su fidelidad había sido unánime en 1790. Pero, por una parte, le faltaba la ayuda de Marie-Thérèse de Lamourous, con la que contaba, y, por otra parte, creyó que no había llegado todavía la hora de Dios para las fundaciones a las que estaba destinado. Así pues, se contentó con apoyar con toda su fuerza la restauración de las antiguas órdenes: así contribuyó a que se rehiciesen en Burdeos los Hermanos de las Escuelas cristianas, tolerados por Napoleón a partir de 1805, y los diversos conventos de mujeres a los que prestó su apoyo y que se reclutaron en su Congregación.

A pesar de esta actitud expectante, no se creía dispensado de preparar las fundaciones futuras con los medios que las circunstancias ponían a su alcance. Si no podía crear completamente

¹⁸ *Notas sobre el estado religioso. El P. Simler parece no citar textualmente. Hay ideas parecidas, basadas en el mismo texto evangélico, en las llamadas "Notas de Instrucción" (Cfr. EP, v. 2, p. 123-124).*

¹⁹ Lalanne, *Notice hist.*, p. 3 y 4. *Tampoco aquí cita textualmente el P. Simler: véase el texto de la "Notice historique" en EP, t. 5, p. 347-348.*

²⁰ La *Comisión para los regulares* fue instituida por la Asamblea del clero de Francia con el fin de reformar los conventos. Hizo más mal que bien y no sirvió más que para provocar escándalos. Se pueden encontrar detalles interesantes sobre este tema en el prólogo de Badiche al principio del IV volumen del *Dict. des Ordres religieux* (Colección Migne), p. 22 y siguientes.

²¹ *Dict. des Ordres religieux*, IV, col. 743. En conversaciones con sus discípulos, el P. Chaminade atribuía sobre todo a la relajación en materia de pobreza la catástrofe que cayó sobre los conventos.

comunidades religiosas en el seno de la Congregación, al menos podía extender la buena semilla de los consejos evangélicos, asociar algunas almas escogidas a su propio apostolado, sin sacarles de sus ocupaciones ordinarias, y también acercarlas entre ellas con compromisos más o menos estrechos que darían a todas un espíritu común.

Este plan se realizó en la Congregación desde el origen, el menos en su primera parte: desde el principio, el P. Chaminade encontró en las diversas ramas de la asociación almas generosas, capaces de sacrificios, que se vincularon por votos individuales y cooperaron al apostolado del director. De ellas sacaron vocaciones sacerdotales y religiosas el Seminario, los Hermanos de las Escuelas cristianas y los diferentes conventos de Burdeos. De ellos también pretendía el P. Chaminade tomar los elementos de la reunión de los Doce proyectada en 1806, cuando estuvo a punto de abandonar momentáneamente la Congregación²².

¿Es en este momento cuando empezó a relacionar unos con otros a estos congregantes de elección para constituir con ellos un cuerpo más o menos homogéneo? Los documentos no permiten precisarlo. De los dos primeros que nos revelan un grupo ya constituido, uno no tiene fecha; el otro, que se refiere a las jóvenes, lleva la fecha de 1812, pero no se puede excluir la posibilidad de una organización anterior.

He aquí la copia textual de los estatutos de los jóvenes: «*Su armadura*: una cruz, los cuatro evangelios, el combate espiritual, un conocimiento de la religión y de sus pruebas proporcionado a su capacidad.- *Su convenio*: todas sus oraciones son comunes: esta comunión subsistirá siempre; ni el paso del tiempo, ni la distancia de los lugares en que la Providencia les colocará, ni la edad, ni el estado, ni cualquier situación ni incluso la muerte la podrán destruir. Ni tan siquiera el dolor que haría experimentar la defección de uno de ellos le separa de esta comunión en la intención de los otros.- *Sus prácticas*: una gran honestidad, amabilidad y firmeza de carácter, frecuencia de los sacramentos, dulce confianza en la protección de la santísima Virgen, antífona *Fidelis servus et prudens...*, algunas líneas del evangelio siguiendo el orden de los cuatro evangelistas, un corto examen de conciencia a la noche, a mediodía la jaculatoria *Sea hecha, alabada*, etc. (interiormente); a esta hora el mismo pensamiento les reúne a todos, dejando transcurrir algunos minutos para gozar del placer que ofrece la seguridad de un recuerdo mutuo»^b.

No se especificaban compromisos individuales, porque diferían de uno a otro y no concernían más que al director. Ya no sabemos más de este primer grupo, salvo que estaba compuesto por once.

En cuanto a las jóvenes, estamos mejor informados, gracias a distintos papeles de los que el más interesante es una fórmula de votos suscrita el 15 de agosto de 1812 por varias congregantes. Este es el texto: «Dios todopoderoso y eterno, yo N..., aunque indigna de que bajéis vuestras miradas sobre mí, confiando siempre en vuestra bondad y piedad infinita, y empujada por el deseo de servir, prometo y hago voto a vuestra divina Majestad, en presencia de la santísima Virgen María, de toda la corte celestial y de los aquí presentes, y a ustedes, señor director y Madre mía²³, que representan a Dios, castidad y obediencia durante tres meses; y, bajo la dirección de la obediencia que prometo, tendrá un cuidado especial de las jóvenes de forma acostumbrada en nuestra asociación. Suplico a vuestra inmensa bondad e infinita misericordia, que tengáis a bien recibir este holocausto en olor de suavidad y otorgarme la gracia de total fidelidad en el cumplimiento de los votos que me habéis inspirado y me permitís hacer actualmente»^c. Siguen las firmas de Félicité Lacombe, Marie Courech, Seconde Lablancherie, Henriette Bidon, Elisabeth Bos, y Marie Reine.

Una nota determina el sentido de los votos que aparecen en esta fórmula: «Se peca contra el voto de obediencia en los casos siguientes: 1º si no se reconoce a sus Superiores, o si se les falta al respeto; 2º si se les desobedece cuando hablan en el nombre de Dios o de la obediencia; 3º si se rechazan las Constituciones de la asociación por insubordinación, o si se procura apartar de ellas a los otros. El voto de castidad se extiende a lo que la virtud de castidad comprende... Además prohíbe preocuparse por el matrimonio y acoger alguna petición»^d.

²² Véase más arriba capítulo 15.

^b Este texto se encontró en un cuadernillo de pergamino, a la muerte del P. Lalanne, dentro de una bolsa de cuero, que llevó colgada toda su vida. Cfr. J.V., t. III, p. 40.

²³ La superiora de la asociación.

^c Cfr. EP, v. 1, p. 266.

^d Cfr. EP, v. 1, p. 264-266.

Este «holocausto» ofrecido a Dios tienen como primer fin la santificación personal de la profesora, pero contempla también un fin de apostolado, puesto que a los votos añade «la promesa de consagrar a las jóvenes dedicación especial». Es el rasgo característico de esta oblación inspirada por «el espíritu de proselitismo que anima a la Congregación». Como este espíritu se deriva de la consagración a la santísima Virgen, la devoción a María es en definitiva el fundamento de esta tendencia a una vida más perfecta.

Estos intentos de organización de la vida religiosa en el seno de la Congregación eran todo lo que el infortunio de los tiempos permitía hacer al final del Imperio. Pero se acercaban días más serenos: pronto la Iglesia de Francia vio rotas sus cadenas y respiró en una atmósfera de benevolencia y libertad. Entonces, dice Keller²⁴, «la fe que se creía muerta en Francia, ahogada en la sangre y bajo las ruinas, echó por todas partes nuevas raíces, y se desarrolló en una floración de obras más fecunda todavía y más hermosa que las que señalaron el renacimiento religioso del siglo XVII. Es el árbol al que los vientos de invierno han despojado de sus ramas y de sus hojas muertas y que reverdece al sol de la primavera». Joseph de Maitre tenía razón cuando decía: «El espíritu religioso, que no se ha apagado del todo en Francia, moverá montañas y hará milagros»²⁵.

Las antiguas órdenes de hombres y sobre todo de mujeres reaparecieron unas después de otras, rejuvenecidas y purificadas por la prueba. En Burdeos, los jesuitas, resucitados por la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* (31 de julio de 1814), tomaron posesión del Seminario menor. Algunos años después (1824), los trapenses edificarán a la ciudad con el espectáculo de sus austeras virtudes. A estos últimos, que contaban en sus filas con el P. Joseph Bouet, el P. Chaminade prestará una ayuda valiosa de la que tendremos ocasión de hablar más adelante. Algunas de las antiguas órdenes de mujeres habían reaparecido en la ciudad durante el Imperio: otra refloreció en los primeros días de la Restauración, la orden de las religiosas de Notre-Dame, fundadas en el siglo XVII en Burdeos, por la beata Juana de Lestonnac. A ellas también prestó su apoyo el P. Chaminade: era el confesor y guía de las antiguas religiosas que, en 1821, volvieron a formar comunidad²⁶.

Junto a las órdenes antiguas surgieron en Burdeos Congregaciones religiosas nuevas, las Hermanas de Marie-Thérèse, de la señorita de la Rocheterie y del P. Lespiault, las Hermanas de la Doctrina cristiana del P. Soupre, párroco de Saint-Michel, y las Hermanas de Loreto, que fueron una de las siete ramas de la Sagrada Familia fundada por el P. Noailles. A las dos últimas de estas fundaciones, el P. Chaminade aportó la ayuda de sus consejos²⁷, y abrió la fuente siempre abundante de su Congregación.

¿No había llegado el momento para él mismo de poner manos a la obra y realizar los planes de los que la Providencia le había constituido depositario e instrumento en Zaragoza? Las circunstancias se presentaban propicias: se veía rodeado de colaboradores cuyo número y dedicación podían inspirarle confianza; la tolerancia benévola del gobierno parecía asegurada. Todo le invitaba a obrar e incluso a darse prisa, porque, según uno de sus discípulos²⁸, «no había ninguna confianza en la estabilidad del gobierno constitucional establecido por Luis XVIII». «Y en efecto, continúa el mismo testigo, se esforzó más que nunca en aprovechar este tiempo de favor para consolidar su obra y conseguir su fin definitivo». Estrechar los lazos que les unían entre ellos a sus principales colaboradores, asegurar para ellos la perpetuidad de la Congregación o al menos la continuación del bien que actualmente se realizaba por ella, y la propagación de este apostolado por todas partes en que la Providencia lo quisiera, en una palabra, poner al servicio de María

²⁴ Keller, *Les Congrégations religieuses en France*, París 1880, p. XXII. Cf. a propósito del renacimiento de las congregaciones en Francia, un destacado capítulo de Taine, *Régime moderne*, t. II, cap. III. Muestra a la institución monástica desprendida de sus abusos, desarrollándose con una exuberancia extraordinaria; describe perfectamente la tendencia de este movimiento.

²⁵ Citado por Mons. Baunard, *L'Eglise de France en 1901*, p. 142.

²⁶ H. Lelièvre, *Les Religieuses de Notre-Dame pendant la Revolution à Bordeaux*, 1900, p. 226 y siguientes. Entre los papeles del P. Chaminade hemos encontrado la regla de la Beata Juana de Lestonnac copiada entera por David Monier. **(Juana de Lestonnac fue canonizada por Pío XII en 1949: Nota de Ágora)**

²⁷ Las Constituciones de las Hermanas de la Doctrina cristiana fueron sometidas a su examen. Las Damas de Loreto, fundadas por su amigo el P. Noailles, le eran muy queridas por esa razón y por sus obras. Volveremos a hablar de ellas más adelante (capítulo 30).

²⁸ Lalanne, en el *Dict. des Ordres religieuses*, t. IV, col. 745.

Inmaculada una milicia que le estuviese totalmente consagrada, ese era su fin. Quedaba por determinar los medios con los que se podría conseguir.

El P. Chaminade no era un hombre que fuese a precipitar esa empresa. Si se inclinaba a creer que la hora de obrar había llegado, no estaba menos decidido a esperar signos manifiestos de la voluntad del cielo antes de comprometerse a fondo. Mientras esperaba estas indicaciones precisas, se proponía encaminarse lentamente en la dirección del término al que pensaba llegar. No habló a ninguno de sus colaboradores de formar una comunidad religiosa, pero se esforzó en dar más consistencia y regularidad a la institución ya existente de los religiosos y religiosas viviendo en el mundo.

Por ese camino no se proponía sólo cuidar una transición, sino que perseguía otros dos fines bien determinados. Por una parte, estimaba que la institución podría perpetuarse en el seno de la Congregación, incluso cuando algunos de sus miembros se constituyeran en comunidad. Era natural pensar que siempre habría congregantes generosos que practicasen los consejos evangélicos aun permaneciendo en el mundo por obligaciones de familia o por cualquier otro motivo. El P. Chaminade lo hacía notar explícitamente: «Esta institución podrá subsistir aun cuando se formase un cuerpo de congregantes religiosos (viviendo en comunidad); podría incluso entonces encontrar mayores facilidades» para su dirección y su reclutamiento.

Por otra parte - y este punto de vista es fundamental -, el P. Chaminade preveía sus comunidades futuras de un modo particular. Su concepción de la vida religiosa en los tiempos modernos era un poco diferente de la de otros fundadores, como nos lo hace ver el discípulo que hemos citado más arriba²⁹: «*Nova bella elegit Dominus*, tenía costumbre de repetir el P. Chaminade. Contra otros enemigos hacen falta otras armas: en un siglo que tan profundamente despreciaba todas las instituciones contra las que se armó la Revolución, sabía qué estrategias debía usar para no encontrar obstáculos insuperables. Lo que más imposible le parecía era el hábito y todo lo que aparece al exterior. Pero pensaba que el espíritu religioso podía existir sin esas apariencias y ejercería una feliz influencia si no se provocan, a primera vista, prevenciones incurables». Se había afirmado en sus ideas por la manera de ver, según sus propias expresiones³⁰, «de un excelente hombre que durante la Revolución había trabajado en formar religiosos y religiosas viviendo en el mundo». Había encontrado sus reglas redactadas en latín e impresas, y se había servido de ellas³¹. Retocarlas según el espíritu de la Congregación, procurarles la confirmación del tiempo y de la experiencia, le parecía que era uno de los medios más eficaces para preparar la fundación de comunidades propiamente dichas, porque el espíritu sería el mismo y la organización sólo diferiría en la medida que lo exigiese la vida en común.

El P. Chaminade trató, en varias redacciones sucesivas, que nos han llegado, de perfeccionar poco a poco las reglas constitutivas de la vida religiosa en el mundo. A pesar del interés que estos ensayos presentan desde el punto de vista de las fundaciones ulteriores, no podemos analizarlos detalladamente, pero vamos a echar una ojeada general y rápida para captar los rasgos esenciales.

El P. Chaminade afirma primero que el estado religioso que abrazan sus discípulos no es en definitiva más que el perfeccionamiento y desarrollo de su estado de congregantes: «El estado religioso formado en la Congregación es una manera más perfecta de cumplir toda la extensión de su consagración a la santísima Virgen». Por tanto, el espíritu de este estado será el espíritu mismo de la Congregación, un espíritu de perfecta dedicación a María y un espíritu de proselitismo o, según la expresión del P. Chaminade, «una participación en el espíritu apostólico». El congregante religioso sólo se diferencia del congregante ordinario en que lleva más lejos el sentido de su consagración a María: «ella le conduce a la práctica de los consejos, mientras que el simple congregante tiende a Jesús por María por la práctica de los preceptos».

²⁹ Lalanne, *Dict. des Ordres relig.*, col. 744.

³⁰ Carta a Adela de Trenquelléon, 9 de septiembre de 1815. *Fecha ligeramente equivocada, se trata de la carta 55, de 7 de septiembre de 1815, Lettres, t. I, p. 94-95.*

³¹ No nos ha sido posible saber de quién hablaba el P. Chaminade. Sin embargo, es probable que este sacerdote sea el que publicó en 1802, en Burdeos, una obra anónima titulada *Abrégé de la Vie et des sentiments de Jean ****. Este Jean *** era precisamente un religioso viviendo en el mundo. El P. Chaminade conservó esta obra en su biblioteca particular hasta su muerte. *En una nota de las cartas publicadas se dice que este hombre fue el P. Clorivière. Cfr. Lettres, t. I, p. 94, note 1.*

Estos religiosos debían consagrar su celo apostólico ante todo a la Congregación, a su prosperidad y a su fervor. Sin embargo, su regla les hacía atentos a no perder de vista el fin esencial de su institución, que es «la multiplicación de los cristianos». Desde ese momento, no debían «considerar como ajena ninguna obra buena que entre de alguna manera en el fin del Instituto».

Los votos eran los de obediencia, castidad y celo. Las obligaciones de estos votos estaban rigurosamente determinadas, para no prestarse al equívoco y no producir escrúpulo. Las del voto de celo estaban definidas así: «Se peca contra este voto rechazando funciones (en la Congregación), empleos y encargos compatibles con su estado temporal y ordenados por los Superiores». Además, la extensión de estos votos variaba de uno a otro, porque las situaciones no eran las mismas. No se emitía explícitamente el voto de pobreza, incompatible con la vida en el mundo, pero se profesaba su espíritu, «no debiendo nadie guardar nada ni usar nada ni aumentar su fortuna más que bajo la obediencia».

El *estado* (así se llamaba, por abreviar, la institución religiosa en el seno de la Congregación) estaba compuesto de personas de clases muy diferentes, letradas o iletradas, eclesiásticas o laicas: el reglamento menciona el hecho expresamente. La vida no era en común, y las relaciones mutuas se reducían a reuniones semanales acompañadas del capítulo de culpas, algunas prácticas comunes y, en particular, una cita cotidiana al pie de la cruz, en unión con María, a las tres de la tarde.

Esa era, en su conjunto, la concepción del P. Chaminade en los primeros días de la Restauración. La realizó por lo menos en tres de las ramas de la Congregación, los jóvenes, las jóvenes y las Damas del Retiro³². Ignoramos si los Padres de familia tuvieron un *estado* distinto del de los jóvenes. Los capítulos siguientes nos informarán sobre la composición y el funcionamiento efectivos de esas pequeñas asociaciones en el seno de la Congregación.

Como intento de la práctica de los consejos evangélicos en medio del mundo, la institución duró lo que la Congregación misma. Efectivamente, la mayor parte de los colaboradores de los que hemos hablado al principio del capítulo, y que pertenecían a estos grupos íntimos, no entraron ni en la Compañía de María ni en el Instituto de Hijas de María, y no disminuyó su apostolado en favor de la Congregación, bajo la dirección del P. Chaminade: tal es el caso en particular de Marc Arnozan, Antoine Faye y los tres Loustau, que nunca quisieron comprometerse en el matrimonio y se vincularon por un voto de castidad perpetua o al menos constantemente renovado.

Como sociedad constituida y regularmente organizada, el *estado* tuvo una corta existencia. Fue sobre todo una preparación, un encauzamiento hacia un orden de cosas más perfecto. El propio P. Chaminade lo preveía en uno de los reglamentos: «Esperando la formación de comunidades de congregantes religiosos, cuya vida estará consagrada a cumplir enteramente su vocación de congregantes, los jóvenes que deseen unirse a ella por la observancia de los consejos evangélicos, permaneciendo en el mundo, encontrarán facilidad en la institución presente».

Esta institución fue incluso más provisional de los que se suponía al principio. La experiencia demostró que, en la práctica, encontraba dificultades muy serias. En efecto, en medio de tantas obras, ¿cómo haría frente el director a la complicación resultante de la diferencia de los reglamentos individuales? ¿Cómo mantendría un verdadero espíritu de cuerpo entre cohermanos si raramente se veían? ¿Cómo conseguiría, sin provocar la desconfianza y los celos, encargar de la dirección de la Congregación a dignatarios exclusivamente sacados del *estado*? Sobre este último punto, el P. Chaminade tuvo una experiencia concluyente cuando se revisaron los reglamentos de la Congregación. Habiendo manifestado a los antiguos prefectos que eran del *estado* el deseo de que en adelante su consejo estuviese constituido sólo de jóvenes «cuyo estado de congregantes estuviese confirmado», es decir de jóvenes comprometidos en la práctica de los consejos evangélicos, su proyecto no encontró ningún eco y, al contrario, suscitó graves objeciones ante las que se rindió.

³² En las jóvenes y en las Damas del Retiro existían asociaciones intermedias donde se imponían obligaciones más estrechas que en la Congregación, pero sin llegar a los votos. Eran las asociaciones del *Amor perpetuo de María* y de las *Diez virtudes de María*. Según los reglamentos, esta última se dirigía especialmente «a las que no pueden entrar en una orden religiosa por alguna causa ajena a su voluntad, incluso a las que quisieran probar y prepararse para entrar en una casa religiosa». La devoción que se practicaba estaba sacada de la antigua orden de las Anunciadas y honraba las diez virtudes de María: su castidad, su prudencia, su humildad, su fe, su devoción, su obediencia, su pobreza, su paciencia, su caridad y su compasión con los dolores de su Hijo. *Se puede consultar EP, v. 1, p. 522 ss.*

Todas estas razones y otras más, que dependían de la Providencia más que de la voluntad humana, transformaron al cabo de poco tiempo esta organización pasajera en una organización estable y definitiva, la de la vida común. Vamos a asistir a esta transformación en el pequeño grupo de las jóvenes primero y enseguida en el de los jóvenes. Los mismos acontecimientos nos imponen este orden.

Capítulo 20: El Instituto de la Hijas de María (1816)

En la Congregación de las jóvenes, la mayor parte de las dignatarias de 1814 habían abrazado la práctica de los consejos evangélicos y pertenecían a la asociación íntima de la que hemos hablado. La duración de sus compromisos variaba de tres meses a un año: algunas solicitaban su admisión a votos perpetuos, pero el P. Chaminade no quería todavía admitir a ninguna.

Algunas expresaban también el deseo de abandonar sus ocupaciones en el mundo y vivir en comunidad. Estas últimas propuestas dejaban perplejo al P. Chaminade, porque, por una parte, él mismo aspiraba a este objetivo final de la vida religiosa, y, por otra parte, temía obrar con precipitación, si las circunstancias no le obligaban, por decirlo así, a dar el paso decisivo. Dudaba porque, esparcidas en medio de sus compañeras, estas congregantes religiosas gozaban entre ellas de gran crédito, que quizá podría disminuir el día en que, reunidos en comunidad, estos ángeles guardianes de la Congregación se hiciesen visibles.

Sin embargo, recibía advertencias que no podía rechazar sin un examen previo, por muy débil que fuese su inclinación por lo maravilloso. Una Dama del Retiro, joven viuda de condición humilde, pero de gran virtud, a quien Dios parecía comunicar luces extraordinarias, no cesaba de anunciarle desde el mes de junio (1814) que en el seno de la Congregación iban a formarse comunidades religiosas y rogaba al P. Chaminade que no aplazase el favorecer su nacimiento. El sabio director callaba para probar a la que hablaba así. No estaba seguro de la resolución que debía tomar³³. En aquel momento le llegó de Agen una noticia que le impresionó más todavía. Adela de Trenquelléon y las más fervientes de las asociadas estaban decididas a entrar en comunidad, y solicitaban su ayuda para esta empresa.

La vocación de Adela de Trenquelléon a la vida religiosa era indudable. Desde la época de su primera comunión, en que, como se recordará, había manifestado un gusto tan pronunciado como precoz por el Carmelo, no había abandonado nunca el proyecto de consagrarse a Dios en el estado religioso. En 1806 se abrió a una de sus amigas³⁴ en estos términos: «El único título de esposa, de sierva de Jesucristo, llenará toda mi ambición, todas mis delicias; servir a Dios y salvarme serán todos mis proyectos. Cuanto más veo al mundo, más veo lo difícil que es salvarse en él». En 1808, su proyecto se convertía en una resolución irrevocable. Su padre, pensando en situarla en el mundo, le había ofrecido un partido capaz de seducirla: Ella tuvo algunas horas de duda, pero pronto, el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la santísima Virgen, declaró a sus padres que su elección estaba hecha y que no tendría más esposo que Jesucristo. Se cortó sus cabellos^a y, sin abandonar la casa paterna ni el mundo, no vivía más que para Dios.

Adela sólo esperaba desde hacía varios años la manifestación de los planes de la Providencia sobre ella, cuando, en julio de 1814, su anciano padre, paralítico, le expresó el deseo de fundar una obra de caridad en el pueblo de Feugarolles, vecino al castillo: se llamaría a religiosas

³³ Cartas del P. Chaminade a Adela de Trenquelléon, 30 de agosto y 8 de octubre de 1814. El 8 de octubre dice respecto a la joven viuda: «Ella me reprocha que no le respondo casi nada. Está extrañada de que no vaya adelante. Lo hago a propósito para probarla». *Cfr. Carta 51, Lettres, t. I, p. 86 y Carta 52, Lettres, t. I, p. 87.*

³⁴ A Agathe Diché, 17 de febrero de 1806. *Fecha muy equivocada, la cita es de la carta 201.5-6 de 4 de noviembre de 1813, ABT, v. I, p. 304, por lo tanto está mal traída porque no sigue la secuencia cronológica de la argumentación.*

^a *Lo que dicen exactamente las famosas memorias de su prima, la madre Marie-Joseph de Casteras, hablando de la renuncia de Adela a la vida mundana y frívola es: "en lugar de rizar sus cabellos según la moda de la época, se hizo un corte de pelo desusado", cfr. Positio super introductione causae et virtutibus...Typis Polyglottis Vaticanis, MCMLXXIV, p. 526.*

para educar a las niñas y cuidar a los enfermos³⁵. Adela no pudo contener su alegría. Desde ese día ella se consideró una de esas religiosas e incluso tomó el nombre de Sor María de la Concepción. Segura de que varias de sus amigas le secundarían, rogó al P. Larribeau, director de la pequeña asociación y su propio confesor, que tomase la iniciativa de la fundación. El P. Larribeau no aceptó, haciendo valer con razón su salud deteriorada y su excesiva timidez. El P. Laumont, a quien el P. Chaminade había delegado sus poderes confiándole los intereses de la asociación, desechó también el ofrecimiento y dijo a Adela de Trenquelléon que ninguno mejor que el P. Chaminade para dirigir semejante empresa.

Si ella no había acudido a él desde el principio era por deferencia para con su confesor y por la distancia de Burdeos. Su alegría fue grande cuando se vio conducida por la obediencia al hombre que le inspiraba la mayor confianza. Desde hacía tiempo, ella no decidía nada importante sin consultarle y consideraba sus respuestas como oráculos. Desde hacía tiempo también se esforzaba por vivir en comunión con todo lo que se practicaba en Burdeos³⁶ y estaba penetrada del espíritu que reinaba en la Congregación. El P. Chaminade había pensado en ella para propagar en las congregaciones de la diócesis de Agen la práctica de los consejos evangélicos que se había implantado en la de Burdeos³⁷.

Cuando recibió la comunicación de su deseo de formar una comunidad, quedó impresionado de la coincidencia de fecha entre estas propuestas y las que se le hacían en Burdeos, y, sin pronunciarse todavía, decidió sondear la voluntad de Dios a este respecto. Esta fue su primera respuesta a Adela de Trenquelléon³⁸: «Pidamos las luces del Espíritu Santo para no hacer más que lo que está en los planes de Dios».

Adela de Trenquelléon, entendiéndolo por la respuesta del P. Chaminade que él albergaba un proyecto diferente del suyo, le suplicó que no le escondiese nada y que contase con ella para lo que quisiera emprender. El 8 de octubre de 1814 el P. Chaminade le habló sin rodeos en los términos siguientes: «Voy a decirle todo mi secreto: ¿puede un padre reservarse algo ante una de sus hijas que se abandona sin reservas a su conducta?». Y después de revelarle la existencia en Burdeos de una asociación de congregantes religiosas, añadió: «Actualmente algunas de estas religiosas viviendo en el mundo quisieran vivir en comunidad regular, abandonando todo asunto temporal. Hay que seguir esta inspiración, pero teniendo cuidado de que no desnaturalice la obra de la Congregación sino que la sirva. Algunas congregantes han entrado en diferentes comunidades religiosas; nosotros lo hemos visto con agrado. Cuando las oficiales se lamentaban de ello, yo les decía, para consolarlas, que nosotros jugábamos a *quien pierde gana*. Pero esto es otra cosa: son religiosas congregantes, o más bien congregantes que, permaneciendo congregantes activas, quieren vivir regularmente como religiosas. Escribame pronto, querida hija, si su deseo de ser religiosa comprende los planes y los sentimientos de una pequeña misionera; abra usted su alma entera con toda franqueza»^b.

Así pues, el P. Chaminade admitía el principio de la vida común: sólo existía una posible discrepancia sobre el fin de la institución. Pero, en el fondo, el acuerdo, incluso sobre este punto, estaba ya conseguido de antemano. Escribía Adela a su amiga Agathe Diché³⁹: «Espero que el P. Laumont te habrá mostrado la hermosa carta que he recibido del P. Chaminade y que nos marca el fin de la Congregación: ser unas pequeñas misioneras, cada una en nuestro estado. Te confieso que ese término me entusiasma. Querida amiga, considerémonos destinadas a procurar por todos los medios posibles la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Hagamos así nuestro noviciado para el santo estado que deseamos abrazar. Siguiendo la opinión del P. Laumont, voy a escribir al P. Chaminade para preguntarle qué prácticas hacen las congregantes religiosas, para decirle que nosotras quisiéramos empezar el noviciado el día de la Concepción de María».

³⁵ Esta fundación deseada por el barón de Trenquelléon tuvo lugar más tarde bajo la dirección de la señorita d'Imbert, antigua Hija de la Caridad, y actualmente Feugarolles es la sede de la casa madre de una Congregación floreciente, la de las Hermanas de Santa Ana.

³⁶ El 25 de enero de 1814 escribió a Agathe Diché: «Besemos nuestro crucifijo al mediodía y a la noche. Nuestras hermanas de Burdeos hacen más o menos lo mismo». *Carta 214.9, ABT, v. I, p. 321.*

³⁷ Esta intención está claramente expresada en su carta del 30 de agosto de 1814. *Carta 51, Lettres, t. I, p. 85-86.*

³⁸ El 30 de agosto de 1814. *Carta 51. Ibidem, p. 86.*

^b *Extractos de la Carta 52, Lettres, t. I, p. 87-88.*

³⁹ 13 de octubre de 1814. *Carta 250.4-5, ABT, v. I, p. 368.*

El P. Chaminade no tenía tanta prisa como en el castillo de Trenquelléon y en Agen. Dice él⁴⁰: «Le habría enviado el reglamento de nuestras jóvenes religiosas si, después de un maduro examen, no hubiera visto la necesidad de desarrollarlo más. Dos consideraciones me han llevado a este trabajo: 1º la determinación de varias de ustedes en Agen para empezar a comprometerse con votos; 2º el hecho de que aquí algunas se van a comprometer con votos perpetuos, es decir que van a comenzar una verdadera Orden religiosa. Hasta ahora han hecho votos de tres en tres meses; yo estaba en medio de ellas para resolver toda dificultad, e incluso para dispensar, si era necesario. Pero si se trata de votos anuales, y más todavía de votos perpetuos, yo puedo morir, y además ustedes están lejos de mí, por lo que se necesita una Constitución bastante desarrollada y reglas detalladas. Los puntos fundamentales para las jóvenes y para las Damas del Retiro están bastante fijos como para que podamos próximamente ir adelante; sin embargo, tengo que desarrollar mucho las reglas, y yo desearía que en la fiesta de la Concepción de la santísima Virgen, o durante su octava, usted y sus dos^c compañeras se limiten a hacer sólo el voto de castidad por seis meses. Espero de aquí a la Purificación establecer lo suficiente como para que puedan comenzar un noviciado en regla. ¡Paciencia y ánimo! Estoy tan ocupado que paso semanas enteras sin poder tomar la pluma».

Se comprende que en estas condiciones el trabajo del P. Chaminade no fuese tan deprisa como la impaciencia de sus hijas lo hubiera deseado. Pero al final todo estaba dispuesto para la próxima fundación, y desaparecía el único obstáculo que parecía retener a Adela de Trenquelléon lejos de Burdeos. Su anciano padre se extinguía dulcemente en sus brazos el 18 de junio de 1815: Adela era en adelante totalmente libre para disponer de su persona.

Pero en este mismo momento los proyectos del P. Chaminade encontraron obstáculos inesperados: no sólo los Cien días le alejaron de Burdeos y suspendieron los ejercicios de la Congregación, sino que la fundación simultánea de dos nuevas comunidades religiosas en la ciudad le arrebató algunos de los elementos con los que habría podido contar.

El P. Soupre, párroco de Saint-Michel, y el P. Duburg, entonces su vicario, ayudados por Timothée Lacombe, reunieron a numerosas hijas del pueblo en una ferviente asociación que tomó el nombre de Congregación de *Doctrina cristiana* y se dedicó a la instrucción de la clase popular. No dejaron de someter sus reglas al P. Chaminade. Él se alegró de este nuevo aumento del número de las esposas de Jesucristo, y no se quejó de que sus propios planes fuesen contrariados. Una segunda Congregación religiosa, la de *Marie-Thérèse*, surgía al mismo tiempo en Burdeos, por los desvelos de santo sacerdote, el P. Lespiault, y de una señorita de la Rochetterie, originaria de Lyon. Otras se preparaban bajo los auspicios del P. Noailles. Además, órdenes nuevas o antiguas, nacidas o restauradas en otros puntos Francia, comenzaban a implantarse en Burdeos. Por ejemplo, los jesuitas se esforzaban en traer a las damas del Sagrado Corazón.

Una última dificultad vino de Agen. El P. Chaminade había recomendado formalmente a sus hijas informar a monseñor Jacoupy de sus planes. Escribía el 7 de septiembre de 1815: «Debemos poner al tanto de todas nuestras confidencias al prelado; él quiere sinceramente el bien: nuestra apertura y franqueza le agradarán. Además, tiene gracias de estado para conducir esas obras»^d. Pero monseñor Jacoupy no consentía de ningún modo en dejar marchar a Burdeos a Adela de Trenquelléon y sus compañeras, por el miedo de perderlas para su diócesis. Deseaba de todo corazón que el P. Chaminade las constituyese en comunidad, pero primero para Agen. Para hacer más fácil la sumisión a sus órdenes, encargó a la señora Belloc, la amiga íntima de Adela, que buscara y alquilara inmediatamente en Agen una casa destinada a recibir a la nueva comunidad.

Todo concurría así a situar la fundación proyectada en la ciudad de Agen, en lugar de la de Burdeos. Era la alteración de los planes del fundador. Él no dudó en inclinarse ante indicaciones tan claras de la Providencia y mostró una vez más ese abandono filial que le dirigía en todas sus empresas.

Después de haber tomado la decisión de establecer el noviciado en Agen y de enviar allí, si era preciso, a sus hijas de Burdeos, manifestó el deseo de tener a Adela de Trenquelléon en Burdeos, aunque sea unas semanas, para conocerla mejor, comunicarle el espíritu de la fundación e iniciarla en la vida que iba a abrazar y enseñar a las otras. También en este punto tuvo que

⁴⁰ El 1 de diciembre de 1814. *Carta 53, Lettres, t. I, p. 89-90.*

^c Aunque el P. Simler dice *dos* compañeras, el original de la carta dice *sus* compañeras. Cfr. *Lettres, carta 53, t. I, p. 90.*

^d *Carta 55, Lettres, t. I, p. 95.*

renunciar a sus planes y contentarse con instruir a distancia a sus futuras religiosas. Conservamos en parte la correspondencia que resultó de esta separación y nos permite penetrar en el fondo del pensamiento del fundador.

El P. Chaminade escribía a Adela de Trenquelléon el 3 de octubre de 1815^e:

«Usted desea tener un bosquejo de lo que debe ser su pequeña Orden; es justo. Para que se haga una idea exacta, hay que considerar primero lo que ustedes deben tener en común con las religiosas de todas las órdenes, porque ustedes serán realmente religiosas; en segundo lugar, lo que deben tener de particular, lo que les distingue de todas las demás órdenes.

«Ustedes serán realmente religiosas, puesto que harán los votos llamados de religión y tendrán que practicar las virtudes que las inspiran y que deben ser su apoyo. María, la augusta Madre de Jesús, debe ser su modelo, como es su patrona. De ahí que deban hacer los ejercicios o las prácticas esenciales de la vida religiosa.

«En cuanto a lo que debe distinguirles de las demás órdenes, es el celo por la salvación de las almas. Hay que hacer conocer los principios de la religión y de la virtud, hay que multiplicar cristianas. No tendrán que dar clase a los niños, ni visitar y cuidar a los enfermos, ni tener internas: dejen esas obras, por muy excelentes que sean, a los otros cuerpos más antiguos que ustedes. ¿Qué haremos entonces? Tendrán que instruir en la religión, formar en la virtud a las jóvenes de todos los estados y de toda condición, hacer de ellas verdaderas congregantes, tener asambleas generales, de división y de fracciones. Tendrán que llevar a breves retiros a las jóvenes, dirigirles en la elección de un estado de vida, etc. Su comunidad estará compuesta de religiosas misioneras. Esas miras distinguirán a las personas llamadas a este estado.

«Por este esbozo podrá ver, querida hija, que la Congregación no tiene por qué sufrir por su profesión, sino todo lo contrario. Ya ve desde ahora qué preparación tendrá que aportar a un estado tan santo, que debe hacerle participar del espíritu apostólico. Voy a hacer yo mismo un breve retiro; no le olvidaré. Enseguida vendrán los ejercicios de retiro para los jóvenes, que se prolongarán hasta el 10 ó 12 de noviembre. A partir de esa fecha veré si puedo determinar mi partida para Agen. Escríbame lo que usted y sus compañeras piensan del pequeño esbozo que le envió del *Instituto de las Hijas de María*». Efectivamente se proponía llamar a la nueva Orden con ese nombre y su propuesta fue recibida con entusiasmo por las futuras religiosas.

¿Conseguiría el P. Chaminade quedarse libre para estar en Agen en el tiempo fijado? En cuanto terminaron los retiros de la Madeleine, tuvo que predicar otro en el Seminario mayor; un fuerte resfriado que tomó allí le duró hasta la Inmaculada Concepción. Al menos tenía la satisfacción de anunciar a sus hijas que las Constituciones estaban acabadas. Dice⁴¹: «Voy a hacer sacar una copia para presentarla a la revisión de personas sabias e inteligentes, y, después de recoger sus opiniones, depositaré estas Constituciones sobre el altar mientras diga la misa y luego las copiaré de nuevo».

Estas Constituciones se titulaban «Proyecto de un Instituto de congregantes religiosas con el título de Hijas de María». Se inspiraban en principios fundamentales que habían presidido la organización de la vida religiosa en la Congregación. Además eran muy cortas y no determinaban más que los puntos esenciales. Las Hijas de María, congregantes religiosas dedicadas al culto de María y a la imitación de sus virtudes, especialmente de su celo, debían hacer votos perpetuos de pobreza, castidad, obediencia y estabilidad, y estarían divididas en dos clases, las Madres de la obra y las Hermanas de servicio, éstas en número muy restringido. Decían las reglas: «Su única ocupación es santificarse por la imitación actual y constante de las virtudes de su augusta Patrona, y trabajar por la salvación de las jóvenes de su sexo... No recibirán nunca nada en compensación de los cuidados y trabajos que se den», debiendo proveer su dote a su subsistencia. «Las Hijas de María no serán claustradas, pero las Madres de la obra no deben salir nunca más que en circunstancia muy importantes, según el fin de su vocación» y tomando algunas precauciones que se especifican.

La regla no prescribía más que media hora de meditación cada día, aunque la Piora (era el nombre de la Superiora) podía «conceder hasta una hora a las que hubieran hecho progresos en este ejercicio y fuesen llevadas a ello por el espíritu de Dios». La Orden era fundamentalmente activa.

^e Carta 57, *Lettres*, t. I, p. 98-99.

⁴¹ 6 de diciembre de 1815. *Se trata en realidad de un proyecto de 50 artículos que se conserva en AGMAR 38.2.1 y que se reproduce en EP, v. 5, p. 30ss. Su título original fue "Estatutos de la comunidad de Hijas de María" y después se modificó en "Instituto de las Hijas de María"*

El oficio de regla debía ser el que recitaban las congregantes, el oficio del Corazón de María. Finalmente, aunque la elección del hábito fue dejada a las fundadoras, el P. Chaminade formulaba el deseo de adoptar de alguna forma el color blanco, al menos para las Madres de la obra, en recuerdo de la Congregación en que todos los distintivos eran blancos.

El P. Chaminade mismo⁴² resumía en los tres puntos siguientes el contenido de este primer esbozo: «1º es un estado religioso en el que ustedes hacen los votos ordinarios de religión y se convierten especialmente en esposas de Jesucristo; 2º las verdaderas congregantes deben ser *misioneras*, con mayor razón las congregantes religiosas; 3º la augusta María es su Patrona y ustedes son sus Hijas. Trabajar constantemente en progresar en la práctica de las virtudes cristianas y religiosas, y en ganar almas para Dios, esos son los dos principios en que se basan sus modestas Constituciones y todos los reglamentos que dependen de ellas».

Y añadía: «Su Orden no tendrá ninguna rigidez en la penitencia, pero la tendrá, y mucho, en la práctica de las virtudes religiosas y en las precauciones a tomar para que los ejercicios de celo no perjudiquen al espíritu interior». En cuanto a la redacción de los reglamentos, «me inclino a darlos sólo provisionales. No los fijaremos definitivamente hasta que la experiencia nos haya asegurado que hemos conseguido el fin. Es también el parecer del fundador de la Orden de la Reunión (el P. Vlehmans). Yo hubiera hecho lo mismo con las Constituciones si me hubiera quedado junto a ustedes. Pero tal como están las cosas, conviene que sean establecidas y autorizadas» por la autoridad episcopal.

Adela de Trenquelléon y sus compañeras esperaron con santa impaciencia el momento de realizar estas magníficas perspectivas. Escribía Adela en nombre de sus compañeras⁴³: «Hablamos con emoción del querido proyecto y vislumbramos con gozo su ya cercana puesta en práctica». Sin embargo, esa ejecución no estaba tan próxima como entonces se creía. En Agen, la señora Belloc no terminó hasta el mes de febrero de 1816 las negociaciones destinadas a asegurar un local. Eligió el antiguo convento del Refugio, construido sobre los cimientos de un castillo de templarios⁴⁴. Los edificios estaban deteriorados y pedían importantes reparaciones. En Burdeos, el P. Chaminade prometía siempre ir a Agen y no lograba nunca estar libre. Después pensó en que le precediese Marie-Thérèse de Lamourous. Decía el P. Chaminade a Adela de Trenquelléon⁴⁵: «Es una señorita de gran experiencia y de una discreción atenta y solícita: me parece muy indicada para preparar todo, de tal modo que yo pueda, a mi llegada, ocuparme solamente de inculcaros el espíritu de vuestro estado. La mayor dificultad consiste en que esta señorita está casi habitualmente enferma». Efectivamente, su estado de salud hizo aplazar el viaje hasta después de Pascua.

Sin embargo, los sentimientos de Adela de Trenquelléon no se desmentían. Escribía ella⁴⁶: «Humillémonos al vernos tan indignas del estado casi apostólico al que Dios nos destina». Su vocación iba a ser puesta a pruebas crueles: la primera no fue la menos sensible. Estaba a punto de abandonar la casa paterna, cuando supo el desfallecimiento de varias de sus compañeras que se echaban para atrás a la hora de cumplir el sacrificio. El ánimo de Adela no se debilitó; no tuvo ni un instante de duda^f. El sábado 25 de mayo, bajo los auspicios de María, dijo adiós a todo lo que amaba aquí abajo; sin volver la cabeza, fue a pie a Port-Sainte-Marie y llegó esa misma tarde a Agen^g. Llevaba con ella sólo a tres compañeras, y una cuarta les esperaba en el lugar de la cita^h.

Las futuras religiosas se presentaron a monseñor Jacoupy, que les recibió con extremada bondad. Después, acompañadas de Marie-Thérèse de Lamourous, que se les había juntado⁴⁷,

⁴² 11 de enero de 1816. *Carta 61, Lettres, t. I, p. 103-104.*

⁴³ A Agathe Diché, 24 de octubre de 1815. *Carta 281.6, ABT, v. I, p. 408.*

⁴⁴ En este convento del Refugio o del Buen Pastor, se encerraba, antes de la Revolución, a las jóvenes de mala vida. Cf. Lauzun, *Les Couvents d' Agen*, 1886. Después de ser habitado durante cuatro años por las Hijas de María (1816-1820), el Refugio fue ocupado sucesivamente por los Hermanos de María (*Marianistas*), después por los Hermanos de las Escuelas cristianas y finalmente por una escuela laica de chicas.

⁴⁵ El 19 de febrero de 1816. *Carta 64, Lettres, t. I, p. 108.*

⁴⁶ A Agathe Diché, 7 de marzo de 1816. *Cata 301.3, ABT, v. I, p. 440.*

^f *El P. Simler parece ignorar la seria crisis que atravesó Adela, relatada por su prima, la madre Marie-Joseph de Casteras, en sus famosas memorias. Cfr. Positio super introductione causae et virtutibus... Typis Polyglottis Vaticanis, MCMLXXIV, p.539-540.*

^g *Llegó hacia las 9.00 de la mañana de ese mismo día. Cfr. Joseph Stefanelli, SM, "Adele", MRC, Dayton, Ohio, 1989, p. 474, note 76.*

^h *En realidad les esperaban otras dos más. Cfr. ibidem, la misma note 76.*

⁴⁷ Marie Thérèse de Lamourous se había escapado de la Misericordia a espaldas de sus hijas, porque

tomaron posesión de su convento. Al día siguiente, el obispo se presentó en medio de ellas y les nombró un superior en la persona del director de la Congregación, el P. Mouran⁴⁸. Pocos días después, el 8 de junio, llegaba también el P. Chaminade y culminaba la alegría de sus hijas.

Sin embargo, no estaban al final de sus tribulaciones. Una cuestión capital, la de los votos a emitir, no estaba resuelta. Cuando el fundador, estando todavía en Burdeos, expuso por carta a monseñor Jacoupy sus planes sobre el Instituto, se produjo un grave desacuerdo entre ellos. Monseñor Jacoupy era partidario de votos temporales, de un año por ejemplo, tal como se practicaba en las Hijas de la Caridad. Monseñor d'Aviau tenía la misma opinión y decía al P. Chaminade⁴⁹: «Hay en los votos perpetuos inconvenientes que más de una vez me han creado problemas en los tiempos de Revolución. ¿Estaremos al abrigo de semejantes tormentas? ¿Habrá acuerdo entre la autoridad civil y la autoridad eclesiástica? La experiencia del pasado ¿no hace temer nada para el futuro?». El arzobispo razonaba con la hipótesis de los votos solemnes, ignorando, como todo el mundo en su época, que la Iglesia encontraría, e incluso había ya encontrado el medio de salvaguardar la perpetuidad de los votos, cualquiera que fuesen las disposiciones del poder temporal a ese respecto. Conservando la perpetuidad de los votos, bastaba con suprimir su solemnidad así como los efectos exteriores que derivan de ella.

En todo caso, para el P. Chaminade, que compartía la ignorancia de los prelados sobre este punto, el razonamiento de monseñor d'Aviau conservaba toda su fuerza, y habría debido decidir al fundador a sacrificar la perpetuidad de los votos. Esta conclusión se reforzaba con el hecho de que la perpetuidad de los votos, en la hipótesis de los votos solemnes, debía llevar consigo, según el Concilio de Trento⁵⁰, la obligación de la clausura. «Ahora bien, decían los obispos al P. Chaminade, ¿usted se propone dedicar a sus hijas a una vida activa, y piensa imponerles obligaciones que les condenarían a la clausura!». Asustada de ver su vocación de *misionera* comprometida, Adela de Trenquelléon se alineaba con la opinión de los prelados y se resignaba a no emitir más que votos temporales.

El P. Chaminade no se dejó quebrantar. Como si presintiese que la incompatibilidad que se le oponía entre los votos perpetuos y la misión de las Hijas de María se desvanecería un día, mantuvo su sentimiento con una firmeza que no desplegaba más que cuando estaba seguro de sí mismo. Escribía a Adela de Trenquelléon cuando ella estaba ya en Agen⁵¹: «¿Qué es el matrimonio en el orden de la naturaleza? ¿No hace contraer un lazo indisoluble? Y, sin embargo, no es más que una figura de esta unión espiritual que contraen con el divino Esposo los que y las que se consagran a Jesucristo por la profesión religiosa. Nunca he entendido que usted y sus queridas compañeras quisiesen ser religiosas sólo a medias; en efecto, el sentimiento que el Espíritu Santo ha puesto en sus corazones es bien diferente».

En su pensamiento, Adela de Trenquelléon y sus compañeras, como varias congregantes de Burdeos, eran ya desde hacía tiempo en el mundo lo que él acababa de llamar religiosas a medias. Si se reunían hoy y abandonaban todo por Dios, era con el fin de abrazar, con toda verdad y con todas sus consecuencias, el estado religioso. Pero, según la opinión de todos los teólogos⁵², ese estado supone votos perpetuos, porque ¿cómo habría *estado* si no había estabilidad en los compromisos? Pero, se le objetaba, ¡la perpetuidad de los votos lleva consigo la clausura! Esto no

desde que en 1813 pasó seis meses en París, no le querían dejar que se alejase. El P. Chaminade se encargó de informar sobre su marcha y la tarea no fue fácil, si hay que creer al biógrafo de Marie-Thérèse de Lamourous. Pouget, *Vie de Mlle. de Lamourous*, p. 184.

⁴⁸ Joseph-Antoine Mouran, nacido en Agen el 18 de marzo de 1766, entró muy joven en los lazaristas y pasó en Constantinopla una gran parte del tiempo de la Revolución. Aquí los representantes de la Convención asistían devotamente con bonete rojo a las ceremonias religiosas de los lazaristas para conservar el prestigio de Francia en Oriente. No volvió a su diócesis hasta 1812, llamado por Mons. Jacoupy. Director del Seminario mayor, llegó a ser el Superior en 1822. En sus últimos años se retiró en las Hijas de María y murió el 30 de octubre de 1844, dejando una gran reputación de bondad y santidad. Su reseña biográfica fue escrita por el P. Delrieu.

⁴⁹ Carta al P. Chaminade, 1 de junio de 1816.

⁵⁰ Concilio de Trento, sesión XXV, cap. V de *Reformatione*, Bulas *Circa pastoralis* y *Deo sacris* de Pío V y Gregorio XIII. Un error semejante al de monseñor d'Aviau, monseñor Jacoupy y P. Chaminade prevenía en 1823 al arzobispo de Turín, monseñor Chiaverotti, contra las Damas del Sagrado Corazón. Cf. Mgr Baunard, *Vie de Mme. Barat*, 6ª edición, t. I, p. 411.

⁵¹ 1 de junio de 1816. *Carta 68, Lettres, t. I, p. 112*.

⁵² Por ejemplo, Suárez, *de Relig.*, t. VII, lib. II, c. 1, n. 1.

es, replicaba el P. Chaminade, un obstáculo a la vida de apostolado. ¿Acaso las Hijas de María no tienen, según sus Constituciones, el espíritu de la clausura, puesto que «no deben salir nunca más que en circunstancias muy importantes, según el fin de su vocación»? Con el espíritu, tendrán la letra, y la clausura, que parece la tumba del cielo, será su salvaguardia.

Ese era el lenguaje que el P. Chaminade mantenía con sus hijas y también con monseñor Jacoupy. Prometió revisar las Constituciones introduciendo la clausura sin que cambiase el fin del Instituto. El obispo, atento a ver cómo se las arreglaba su amigo, propuso suspender, durante la espera, la toma de hábito y los votos.

Se sometió a la decisión del prelado. Las aspirantes tenían el corazón oprimido, pero mostraron una resignación perfecta. Su padre les sostenía con su ejemplo y su palabra. Les repetía⁵³: «La clausura es una consecuencia de la perpetuidad de sus votos; así no den vueltas a la cabeza y dejen obrar a sus corazones; todo se va a arreglar de la mejor manera posible. Jesucristo, que quiere poseerlas totalmente, no permitirá que sus ministros se equivoquen». Era el lenguaje de la fe, el único digno del fundador y de sus hijas.

Durante su estancia en Agen, que se prolongó hasta fin de junio, no dejó de comunicarles el verdadero espíritu de su estado. Multiplicaba las conferencias generales y las entrevistas particulares. Tenía también que preocuparse de la organización jerárquica del Instituto naciente. No podía dejar Agen sin poner a la pequeña comunidad bajo la dirección de una superiora. Si se consultaban sólo los orígenes de la fundación, Adela de Trenquelléon era la designada de antemano. Pero ella tenía una repugnancia invencible. Tres veces había escrito al P. Chaminade a Burdeos suplicándole que no hiciese recaer sobre ella la elección cuando viniese a organizar la comunidad. El propio P. Chaminade dudaba. Adela tenía sólo veintisiete años y varias de sus compañeras eran sensiblemente mayores. Además, en ella una cierta timidez se unía a una impulsividad que parecía hacerla inadecuada para el gobierno de una familia religiosa. Sin duda, Dios dominaba toda su alma. Sus timideces eran temor de ofenderle, y sus vivacidades deseo de verle mejor servido. Pero san Ignacio estimaba que, para el gobierno de una comunidad, «una gran prudencia con una mediocre santidad es mejor que una gran santidad con una mediocre prudencia». De ahí las dudas del fundador.

Marie-Thérèse de Lamourous, que conocía bien el paño, era de la misma opinión y se abrió a Adela de Trenquelléon. Pero la alegría y la humildad con que ésta acogió esta apertura, conmovieron a Marie-Thérèse y le hicieron cambiar de idea. Dijo al P. Chaminade que tanta virtud podría dominar las imperfecciones de la naturaleza y haría de ella, con la ayuda de la gracia, una excelente superiora.

En consecuencia, Adela de Trenquelléon fue nombrada superiora. Algunos días después, el P. Chaminade reemprendió el camino de Burdeos, feliz de ver a su pequeño rebaño lleno de fervor y buena voluntad, y ya aumentado con algunos nuevos miembros⁵⁴.

Capítulo 21: Consolidación del Instituto de las Hijas de María (1816-1820)

En cuanto volvió a Burdeos, el P. Chaminade emprendió la revisión de las Constituciones, para conciliar la clausura con la vida activa. Después de unas semanas de oración y reflexión, llegó a una solución del problema: solución muy original, sin duda, porque, para escapar de una clausura demasiado rigurosa, introducía la profesión especial y explícita de un voto de clausura, pero dando a este voto una interpretación que se pudiera armonizar con el fin del Instituto. Comprender, como las órdenes antiguas, la clausura en los tres votos habituales, era admitirla en el mismo sentido que ellas. Por el contrario, añadirla por un voto especial a los otros tres votos, era conservar la libertad de interpretarla según las exigencias de las obras.

Partiendo de ese principio, el P. Chaminade decía que el voto de clausura «estaba sometido a la obediencia», es decir que la obediencia regularía la aplicación en determinados límites: por ejemplo, podría ser suspendido momentáneamente por los Superiores por un motivo de celo, o

⁵³ A Adela de Trenquelléon, el 1 de junio de 1816, antes de ir él mismo a Agen. *Carta 68, Lettres, t. I, p. 113.*

⁵⁴ En este mismo viaje el P. Chaminade estableció la Congregación de hombres en Agen.

recibir en un caso dado una interpretación más benigna. En el fondo la concepción primera del fundador no había cambiado: el espíritu de clausura existía ya en la redacción primitiva. El nuevo voto precisaba la práctica y salvaba el principio de la perpetuidad de los compromisos.

El P. Chaminade se felicitó ante sus hijas de esta solución. Decía⁵⁵: «Cuanto más pienso en la dirección que hemos tomado para la clausura, más satisfecho estoy. Si ustedes imitaran a las carmelitas y encerrasen el compromiso de guardar la clausura en el compromiso de los tres votos principales de religión, no conseguirían fácilmente, y quizá no del todo, el fin que se proponen. Nosotros debemos tener siempre presente los fines del Instituto y los tiempos en que nacemos. Respetaremos siempre a las carmelitas y a todas las órdenes antiguas, y les haremos todo el bien que podamos, pero no nos lamentaremos de no parecernos a ellas en todo».

A uno de los confesores de las religiosas que le pedía algunas aclaraciones sobre su manera de entender el voto de clausura, el P. Chaminade respondía⁵⁶: «Es verdad que el voto de clausura, para las Hijas de María, tiene algunas diferencias con el mismo voto emitido en otras órdenes. He aquí el enunciado de este voto: "Prometo guardar durante el mismo tiempo la clausura, mientras no tenga la orden *expresa* de la Superiora o del Superior eclesiástico de salir *momentáneamente*". De donde resulta que este voto no depende de los superiores más que para la clausura activa, y que éstos son responsables ante Dios de las órdenes que pueden dar para salidas momentáneas, cuyos motivos deben ser muy graves». La clausura pasiva quedaba, como para las otras órdenes, sometida sólo a la autoridad episcopal⁵⁷.

Una vez arreglado este punto, la revisión de las Constituciones avanzó sin encontrar ningún otro obstáculo. Se acabó en el mes de agosto. La nueva redacción, debida, en cuanto a la forma, a David Monier, tenía 48 artículos, sin contar las observaciones preliminares sobre la oportunidad de una fundación nueva en la Iglesia, sobre la perpetuidad de los votos y sobre los principios que deben presidir en la organización de un Instituto dedicado por vocación a las obras de celo. Repetía que el fin propio del Instituto de las Hijas de María era «conducir a las personas de su sexo que estaban en el mundo a llevar una vida cristiana». De ahí, un quinto voto añadido a los tres votos ordinarios y al voto de clausura, «el voto de enseñanza de la fe católica y de las costumbres cristianas», sometido, como el de clausura, a la obediencia, para no provocar escrúpulos en las religiosas empleadas en ocupaciones manuales. Este voto tenía el mismo sentido que el de celo en los congregantes que vivían como religiosos en el mundo.

La organización tenía como punto de partida una idea que no se había adoptado todavía en ningún Instituto religioso, la distribución de los cargos y las obras de la Congregación entre tres oficios, designados con los nombres de celo, instrucción y trabajo. La Superiora concentraba en su persona los tres oficios tanto si ella permanecía titular de uno o de varios de ellos como si los delegaba en subalternas. La titular del primer oficio, designada con el nombre de Madre de celo, tenía como atribución guiar a sus Hermanas por el camino de la perfección y velar por la exacta observancia de la regla, los ejercicios de piedad y la clausura. La Madre de instrucción estaba encargada de formar a sus Hermanas en las obras del Instituto y dirigirles en el ejercicio de sus funciones, La Madre de trabajo cuidaba de los trabajos manuales, la economía doméstica y todo lo que concierne a la administración temporal. Esta organización, análoga a la que admiten los Estados modernos en la administración de los diferentes servicios públicos, pasará del Instituto de las Hijas de María a la Compañía de María y será uno de los rasgos característicos de las fundaciones del P. Chaminade⁵⁸.

La nueva redacción designaba con el nombre de *Madres* a las religiosas propiamente dichas, y con el nombre de *Conversas* a las Hermanas destinadas a los trabajos manuales y a las relaciones con el exterior para el servicio de la casa. La duración del noviciado se fijaba en dos

⁵⁵ A Madre de Trenquelléon, 6 de septiembre de 1816. *Carta 73, al final en el P. S., Lettres, t. I, p. 126.*

⁵⁶ Al P. Baret, 24 de mayo de 1832.. *Extracto de la carta 626, Lettres, t. II, p. 152-153.*

⁵⁷ Uno de los discípulos del P. Chaminade, Estignard (carta al P. Lalanne, 1878), pretende incluso que el P. Chaminade no hubiese querido fundar una Orden sin una cierta clausura. La responsabilidad resultante para sus sacerdotes en la dirección de religiosas demasiado mezcladas en el mundo hubiese sido demasiado grande. Él habría dicho: «Ya es bastante con la Misericordia, que está salvaguardada por la Providencia, por la sabiduría de sus reglas, y por una vigilancia pública y perpetua».

⁵⁸ En las otras Congregaciones religiosas, los asistentes del Superior general tienen generalmente una jurisdicción territorial: no se reparten los diferentes servicios de la Congregación, sino las diferentes regiones que abarca.

años. La Superiora y sus asistentes eran sometidas a la reelección cada tres años, a excepción de la fundadora, que era Superiora de por vida.

A punto de enviar su trabajo a Agen, el P. Chaminade retrasó la comunicación por la razón que indicaba a su colaboradora⁵⁹: «Iba a enviarle las Constituciones, pero me he decidido a seguir el consejo de un amigo muy instruido y unido a la Orden de las Hijas de María. Opina que yo las relea como censor implacable, que discutamos rigurosamente todos los artículos y que luego (solamente) las comuniquemos al señor Obispo».

Durante la espera, el P. Chaminade inculcaba fuertemente a sus hijas el espíritu que debía dirigirles en la aplicación de estas Constituciones, y primero de todo un espíritu de dedicación absoluta a María. Dice él⁶⁰: «No hace falta decirle que el santo Nombre de María debe encontrarse como naturalmente en todas partes. Cuando rece sola o en común, cuando exhorte, cuando instruya, cuando reúna a las congregantes, etc., que nada le agrade a usted ni a sus queridas hijas, si no interviene el santo Nombre de María».

El espíritu interior, el espíritu de oración no era objeto de menor preocupación por su parte. Había escrito al principio de las Constituciones, entre los fines que el Instituto se proponía expresamente, el de «precaerse y defenderse del contagio del siglo», porque por su misma vocación las religiosas estaban expuestas a él. De ahí su solicitud por la observancia exacta de la clausura tal como había sido adoptada, que por sí misma constituía una excelente protección. De ahí sobre todo consejos apremiantes de vida interior, recogimiento, espíritu de fe y de oración, que debían caracterizar a las Hijas de María.

«Ánimo, querida hija, escribía a la Superiora⁶¹, trabaje sin descanso en la misión que ha recibido, pero sin perjuicio de la vida interior, que debe llevar y en la que debe hacer sin cesar nuevos progresos. Una Superiora que no se condujera más que por la sabiduría humana en un Instituto como el que usted ha abrazado, no llegaría muy lejos. El espíritu de Dios debe iluminarles y animarles habitualmente. Que, sin tensión de cabeza, su oración sea casi continua. De tiempo en tiempo, cuando se sienta interiormente llamada a la oración, vaya y persevere, con tal de que sus deberes fundamentales no sufran por ello. ¡Qué dicha para una Superiora poder ir a hablar a Dios, consultarle, recibir sus órdenes como una santa Teresa!».

Aunque eran simples novicias y aunque todavía llevasen vestidos seculares, las Hijas de María se pusieron a la obra. En la pequeña capilla del Refugio reunieron la Congregación de las señoras y de las jóvenes y lograron un éxito completo. Desde el principio crearon un taller de costura para permitir el aprendizaje a las jóvenes de condición común. Instalaron también, por deseo del obispo, clases gratuitas para las hijas del pueblo. Todo iba a pedir de boca, se presentaban postulantes y otras se anunciaban. De Burdeos, el P. Chaminade enviaba un sujeto de élite, la señorita Lhuillier, y otras dos le seguían antes de terminar el año.

Sin embargo, faltaba una cosa para que la dicha fuese completa, era la garantía de estar en el camino de Dios, garantía que sólo podían esperar del obispo, su primer Superior. En este punto el P. Chaminade no dejaba de tranquilizarles. Les decía⁶²: «Sigán adelante, la obra de Dios se realizará, ¡paciencia!». Y unas semanas más tarde⁶³: «Veo con satisfacción su paciencia y su resignación. Todas las lentitudes y todos los tanteos de su buen obispo no detendrán, espero, la ejecución de los planes de la Providencia. Si el Instituto no fuese a hacer más que un bien mediocre, encontraríamos muchos menos obstáculos: el demonio, el enemigo particular de María, lo es también de todas sus hijas, pero no teman».

El prelado acababa de recibir las Constituciones revisadas, las había estudiado sin tardanza y había manifestado su satisfacción. No podía negar un sentimiento de confianza respecto al P. Chaminade, cuya sabiduría admiraba, aunque, como se verá, tuviese puntos de vista diferentes sobre las Hijas de María. Les permitió dar un primer paso que, con el tiempo, debía traer los otros. El santo día de Navidad, al final de un retiro que les dio el P. Mouran, obtuvieron de su Superior el permiso para vestir el hábito religioso sólo durante el día. El hábito era sencillo y de buen gusto, negro en su conjunto, pero marcado con un cinturón de lana blanco y por una capa de coro igualmente blanca. Fue un gran consuelo, turbado sin embargo por el temor de verse obligadas al

⁵⁹ 11 de agosto de 1816. *Carta 71, Lettres, t. I, p. 120-121.*

⁶⁰ 20 de julio de 1816. *Carta 70, Lettres, t. I, p. 119.*

⁶¹ 10 de octubre de 1816. *Fecha equivocada. Cf. carta 76, de 10 de noviembre de 1816, Lettres, t. I, p. 131.*

⁶² 11 de agosto de 1816. *Carta 71, Lettres, t. I, p. 120.*

⁶³ 18 de noviembre de 1816. *Carta 77, Lettres, t. I, p. 134.*

día siguiente a volver a tomar los vestidos del siglo. Su temor fue vano: monseñor Jacoupy colmó sus deseos autorizándoles a conservar su hábito religioso. Al día siguiente, como para añadir una nueva prueba de su benevolencia, el obispo les ofreció un gran convento no muy alejado de su vivienda actual, con la única condición de continuar el orfanato que estaba allí y adjuntarle un internado.

Las Huérfanas de San José, cuya sucesión se proponía a las Hijas de María, era una congregación bordelesa, fundada en 1628 por el arzobispo Henri de Sourdis. En Burdeos, esta congregación no se rehizo después de la Revolución⁶⁴. La casa de Agen no había sido suprimida, pero vegetaba porque, según un informe del tiempo del Imperio, la Superiora, la Madre Mac-Carthy, aunque tenía gran mérito, no era obedecida. Monseñor Jacoupy la había apoyado con toda su autoridad y había obtenido, al principio del año 1816, una aprobación del gobierno para la casa. Desgraciadamente la Madre Mac-Carthy murió en el mes de diciembre de ese año, sin dejar detrás de ella una religiosa capaz de reemplazarla. Monseñor Jacoupy creyó que la ocasión era única para procurar a las Hijas de María la autorización del gobierno sin nuevas gestiones y de asegurarse él mismo una congregación de elementos viables. Esta fue su propuesta: invitaba a la Madre de Trenquelléon a ocupar el puesto de la Madre Mac-Carthy en el convento de las Huérfanas y a recoger toda su sucesión.

El ofrecimiento del obispo fue recibido con entusiasmo en el pequeño convento del Refugio, pero no se podía concertar nada sin el consentimiento del P. Chaminade: se le escribió inmediatamente. Fue muy diferente la acogida de la propuesta por parte del fundador. Él veía consecuencias que sus hijas no sospechaban. Les respondió que no aceptasen más que con la condición expresa de mantener sus reglas y su fin. La obra del orfanato no le desagradaba, porque, decía él^a, «no estando prohibido ningún tipo de obras, la caridad hacia los huérfanos no tiene tampoco por qué ser excluida; pero esta obra no debe ser exclusiva ni tampoco más expresa que las otras. Lo mismo hay que decir del proyecto de un internado destinado a la educación de algunas clases». Concluía así: «No hay que precipitarse admitiendo este ofrecimiento, no vaya a ser que se altere el fin del Instituto, particularizándolo. No nos comprometamos sin reflexión y sin conjugar la ejecución con el fin general de la Orden».

No se equivocaba. Monseñor Jacoupy no podía realizar el traslado proyectado sin transformar a las Hijas de María en Huérfanas de San José. El 6 de enero de 1817 se manifestó al P. Chaminade en estos términos^b: «¿Quiere usted hacerme un regalo muy agradable, si puede? No lo dudo, quiero pedirle que las Hijas de María se transformen en Huérfanas o Hijas de San José. Este cambio sería conforme a los planes que ellas me habían manifestado antes de su reunión, y les daría la posibilidad de hacer un gran bien. Su traslado de la casa que ocupan actualmente a las Huérfanas tendría dificultades sin ese cambio que, por lo demás, me parece beneficioso para ellas y para la ciudad de Agen. Piense en eso y procure obrar en ese sentido». El P. Chaminade lo pensó delante de Dios, y no se apresuró en responder: no podía creer que un cambio semejante fuese conforme a los planes de la Providencia. Sus hijas, puestas al corriente del verdadero sentido de las propuestas que se les hacían, compartieron su parecer y recurrieron también a la oración para que la voluntad de Dios se manifestase claramente.

La solución no se hizo esperar: monseñor Jacoupy comprendió que no debía insistir⁶⁵ y lo hizo saber al fundador, que le respondió en los términos siguientes^c: «Me he preguntado ante la cruz sobre la misión de las Hijas de María, habiendo querido Dios que Su Excelencia no me diese la orden de ese cambio, sino la facultad de hacerlo. He tratado en mi espíritu de conciliar la propuesta con el fin del Instituto; la respuesta, en mi conciencia, me ha parecido cada vez negativa,

⁶⁴ En Burdeos, el convento llamado de las Huérfanas, cerca de Sainte-Eulalie, sirvió de prisión para los sacerdotes de edad durante la Revolución. Actualmente está ocupado por las Hermanas de San Vicente de Paúl.

^a *Citas tomadas de la carta 82, de 31 de diciembre de 1816, dirigida a la Madre de Trenquelléon y al P. Mouran, Lettres, t. I, p. 142-143.*

^b *AGMAR 26.1.141.*

⁶⁵ La comunidad de las huérfanas vivió todavía un año bajo la dirección de la Madre Rose Moulinié. Se dispersó en 1818, y monseñor Jacoupy ofreció la casa a la señora Génuyer, que fundaba entonces la obra de la Misericordia en Moissac. Esta Congregación ocupa todavía actualmente el mismo local. Cf. H. Calhiat, *Mme. Génuyer, fondatrice des Soeurs de la Misericorde de Moissac*, París, Douniol, 1898, p. 188 y siguientes.

^c *Supplément a la carta 85, Lettres, t. VIII, p. 33.*

y al mismo tiempo el Espíritu Santo le ha inspirado, monseñor, otra decisión». Aprovechando esta circunstancia, el P. Chaminade expuso de nuevo al prelado su idea sobre la extrema dificultad de volver a dar vida a las órdenes religiosas antiguas, y sobre la necesidad de configurar las almas religiosas en un molde nuevo, marcado con un sello de las tendencias de una sociedad totalmente renovada. Dice: «El espíritu de Dios no cambia en todo esto, pero muestra que sabe llegar a todos los hombres a pesar de la diversidad de los espíritus y de las costumbres en tiempos diversos»^d.

Después de este incidente, se vivió en la pequeña comunidad, como en el pasado, de trabajo y de esperanza. Los consuelos aportados por las obras eran sobreabundantes. Sobre todo la Congregación era próspera. Escribía la Madre de Trenquelléon⁶⁶: «Nuestra Congregación va bien... No te puedes imaginar el entusiasmo que tienen las jóvenes en venir. Las semanas les parecen muy largas para sus deseos; nos cuesta mucho hacerles comprender que se marchen. Es preciso que yo adopte un tono de madre, cuando llega la noche... Durante la semana, las reunimos en pequeño grupo para darles un catecismo razonado y una meditación. Después, otro día de la semana tenemos un consejo con las responsables para planificar el bien que podemos hacer y el mal que debemos evitar». En carnaval quisieron pasar los tres días con sus Madres, como para protestar contra las fiestas mundanas. El taller de costura y las escuelas gratuitas también daban satisfacción a las religiosas.

Finalmente, obras nuevas se añadían a las primeras, las de las primeras comuniones retrasadas, las de los retiros para las personas del mundo y la de las pobres mendigas, que no era la menos interesante. Escribía la Madre de Trenquelléon⁶⁷: «Aparte de la Congregación, tenemos instrucciones para las mujeres pobres, con las que se puede hacer un bien infinito. Estas pobres almas no saben nada: ¡qué grato es hacerles conocer a Jesucristo! Hace un tiempo, conseguimos que hiciese la primera comunión una mujer de sesenta años y una de cuarenta. Todos los días nos encontramos con casos de este tipo».

Tanto bien realizado era un alegato potente en favor de estas piadosas mujeres que, en el interior de su convento, llevaban en la paz y la alegría del deber cumplido una vida santa y mortificada. Monseñor Jacoupy se vio profundamente impresionado y, con ocasión de una visita del fundador en julio de 1817, consintió que profesasen. El 25 de julio fue para ellas un día de paraíso: seis de entre ellas, coronadas de rosas, emitieron sus votos perpetuos en manos de quien ella llamaban su Buen Padre. Las nuevas esposas de Jesucristo eran la fundadora Adela de Trenquelléon, en adelante Madre María de la Concepción; su amiga de infancia, Agathe Diché o Madre María del Sagrado Corazón; señorita Lhuillier o Madre Emmanuel; señorita Cormès de Fonbonne de Labastide o Madre San Vicente; señorita Clementine Yannasch o Madre Teresa; señorita Lion o Madre Espíritu Santo^e; finalmente una Hermana conversa, señorita Arnaudel o Sor San Francisco. El domingo siguiente, el P. Chaminade recibió a otras dos religiosas a los votos temporales, y dio el santo hábito a dos novicias.

El fundador volvió a Burdeos con el corazón lleno de agradecimiento hacia María que, a través de tantos obstáculos, le había hecho llegar a puerto. Estaba tan contento de sus hijas que consintió en no retenerlas en los inicios de la vida interior o, según sus expresiones, «en las virtudes de preparación y purificación», sino dirigir las hacia las cumbres. Les escribe⁶⁸: «Porque he estado contento, me he puesto a trabajar las virtudes de consumación». Decía verdad, incluso en un sentido que no sospechaba: sus hijas iban a atravesar tres años de pruebas que debían ser como su consumación y acabar de poner el sello divino a su Instituto.

No faltaban las vocaciones, y menos todavía el fervor. El P. Chaminade no tenía que intervenir más que para moderar los excesos de mortificación a los que se entregaban las religiosas. Pero fuera del pequeño convento era espiado como una novedad extraña. Habían conocido en el mundo a todas las fundadoras. Cada uno de sus pasos eran comentados y proporcionaba materia para las maledicencias de salón. Ante la imposibilidad de responder a las críticas más contradictorias, las religiosas se entristecían y pedían consejo a Burdeos. El P. Chaminade no

^d Carta 85, de 20 de enero de 1817, *Lettres*, t. I, p. 149.

⁶⁶ A la señorita de Lachapelle, el 6 de abril de 1817. *Carta 318.3, ABT*, v. II, p. 31.

⁶⁷ A la Madre de Rodat, 29 de septiembre de 1819. *El P. Simler no transcribe textualmente esta cita, lo hace muy libremente. Cfr. Carta 346.10, ABT*, v. II, p. 76.

^e El P. Simler omite otras dos: *Pauline Yannasch (hermana de Clementine) o Madre Santísimo Sacramento e Isabelle Moncet o Madre Ana. Cfr. AGFMI, Registre des professions*, p. 88, 116.

⁶⁸ 9 de agosto de 1817. *Carta 92, Lettres*, t. I, p. 161.

dejaba de repetirles⁶⁹: «No se extrañen, no se impacienten sobre todo por las maledicencias que se elevan contra las medidas que han creído deber tomar».

Dentro, les esperaban pruebas más penosas. Algunas imaginaciones se exaltaban, exageraban el rigor de las austeridades, y por un celo intemperante llevaban la turbación a las conciencias y a los consejos. «El demonio se burla bien de nosotras», escribía al «Buen Padre» la maestra de novicias, Madre María del Sagrado Corazón⁷⁰. El Buen Padre hizo una visita rápida a sus queridas hijas, después con sus cartas siguió extendiendo en las almas el bálsamo pacificador de su sabiduría y de su unción. Escribía a la Madre de Trenquelléon⁷¹: «Que todas sus queridas hijas tengan ánimo, que estén perfectamente unidas entre ellas y a su Buena Madre. El demonio, el enemigo de María, debe de estar rabiando. Estará haciendo toda clase de esfuerzos para turbar, inquietar y desunir a las Hijas de María, que son como el fundamento sobre el que construimos⁷². Les deseo a ellas y a usted, querida hija, la paz del Señor».

Mientras que las almas eran sacudidas por el viento de la tentación, los cuerpos eran quebrantados por la enfermedad. Esta vida nueva y claustrada probó gravemente a algunas de estas saludables ya débiles. Las fervientes fundadoras pretendían no darse a Dios «a medias» y no tenían en cuenta las condiciones a las que está sometida nuestra pobre humanidad. Alguna antigua de la comunidad no soportaba, en su celo, la más ligera suavización de la regla. El P. Chaminade intervenía entonces para recordar a sus hijas la doctrina de san Francisco de Sales: «Servir a Dios con suavidad y sin tensión: el celo inquieto no es según el espíritu de Jesús y de María». Urgía a la Superiora a moderar los ardores indiscretos y a compadecerse de todos los sufrimientos. «Sea madre, le escribía, sea buena madre». Les prescribió que, en caso de duda, se inclinase siempre por el lado de la indulgencia, prohibiéndole a ella misma el ayuno y obligándole a tomar el reposo que necesitaba. Pero no estaba allí mismo para ver y reprimir los piadosos excesos que se cometían, y la salud de muchas se alteraban. A la propia fundadora le alcanzó el mal que iba a llevarla a la flor de la edad.

Otra causa que comprometía la salud de las religiosas era la insalubridad del local. No se había podido prever, porque el convento, situado en la parte más elevada de la ciudad, estaba rodeado de un amplio jardín y parecía gozar de excelentes condiciones desde el punto de vista de la higiene. Pero, en los alrededores, una cloaca mal acondicionada extendía sus miasmas y envenenaba el aire. Las fiebres pronto se establecieron en la comunidad, y el P. Laumont, que era su capellán, podía escribir al P. Chaminade «*ex grabato*» (es su expresión): «Este el sexto día que tengo una fuerte fiebre, pero no me extraña, porque siendo el capellán de las Hijas de María, casi todas crucificadas, es muy natural que saque de mi ministerio alguna muestra de esta cruz»⁷³. El año 1819 fue particularmente penoso: todo el convento era una enfermería. Una joven religiosa, Sor Elisabeth, ángel de piedad y de candor, murió el martes de Pascua de ese año, primicia de las Hijas de María en la casa del cielo. También el P. Laumont acuciaba a la evacuación de esta casa: «Es muy urgente que las religiosas dejen esta tumba. No tendrán nunca la salud necesaria para hacer el bien que desean. Es un hospital perpetuo».

El P. Chaminade estaba convencido de ello. En junio de 1819, en su visita anual, decidió dejar esta casa de muerte. El convento de los agustinos, situado al otro extremo de la ciudad, estaba a la venta. Lo visitó, lo encontró adecuado para albergar a la comunidad y sus obras y decidió adquirirlo. La propiedad fue comprada hacia Navidad. Se arregló y se abrió a las religiosas al

⁶⁹ En esta carta de diciembre de 1818, se trataba de un nuevo reglamento del locutorio, que la gente del mundo consideraba demasiado severo. *En realidad la carta que acompañaba el nuevo reglamento del locutorio es la 173, de 21 de septiembre de 1821.*

⁷⁰ Se discutía entonces qué hacer con una joven novicia, que sufría crisis nerviosas, que debía ser despedida y que no quería salir de ninguna manera de su querido convento. Abrazaba suplicante al gran Cristo de la capilla, como para agarrarse a su divino Esposo.

⁷¹ 10 de junio de 1818. *Fecha ligeramente equivocada, se trata de la carta 99, de 19 de junio de 1818, Lettres, t. I, p. 176.*

⁷² Entiende por esto que las Hijas de María son su primera fundación, cuyas Constituciones han servido para la redacción de las Constituciones destinadas a los hombres.

⁷³ Seguía así: «Ellas me consuelan en mi enfermedad con pequeñas cartas para animarme. Pero hay una religiosa (no sé lo que el buen Dios hará) que lee en mi corazón lo que sólo Dios conoce y ha puesto ahí por su gracia. No es la única vez que me ha sorprendido ese conocimiento. Dios es admirable en sus obras». *Cfr. AGMAR 26.2.210*

comienzo del mes de septiembre de 1820. El P. Chaminade dirigió el traslado, que tuvo lugar un miércoles bajo los auspicios de san José y en un día ordinario para no llamar la atención.

La fundación atravesó victoriosamente las pruebas decisivas del principio. Pronto el futuro se presentó más risueño: se multiplicaron las vocaciones y su valor no era inferior al número. Entre ellas se encontraba la señorita Lormet, ángel de la beneficencia en Villeneuve⁷⁴, y la señorita Clara de Casteras, prima carnal de la fundadora, destinada a sucederle un día en el gobierno de la Congregación^f.

Estuvo a punto de realizarse una fusión con la comunidad de la Madre Emilie de Rodat⁷⁵, de Villefranche de Rouergue. De una parte y otra, las fundadoras deseaban esta fusión y, de 1817 a 1820^g, se esforzaron en quitar los obstáculos que se oponían a ello. Si no tuvo lugar no fue por culpa de ellas. Pero, sin duda, los planes de la Providencia eran otros porque diversas circunstancias impidieron su realización. No por eso las relaciones permanecieron menos cordiales y las religiosas de la Madre Emilia, las Hermanas de la Sagrada Familia, adoptaron un hábito poco más o menos parecido al de las Hijas de María, excepto el cinturón⁷⁶.

En el momento en que fracasaban las negociaciones respecto a Villefranche, en compensación tenían lugar otros incrementos para las Hijas de María. Efectivamente, al trasladarles al convento de los agustinos, el P. Chaminade les daba una noticia que les hizo vibrar de alegría: el Instituto iba a abrir sus puertas para dejar escapar su primer enjambre. Desde hacía tiempo solicitaban al fundador de distintos lados que cediese algunas de sus hijas: Auch las estaba pidiendo desde 1817, Toneins en 1818. Él se había mostrado inflexible, respondiendo como en otro tiempo san Felipe Neri a san Carlos que quería introducir demasiado pronto el Oratorio en Milán: «No pongamos las alas fuera del nido antes de tener todas nuestras plumas». Comprendía que el estado de la comunidad no le permitía todavía grandes empresas. Además, lo que le parecía más necesario, al principio de la fundación, era asentar sólidamente los principios religiosos en las almas antes de dispersar hacia fuera los elementos de la fundación. «Todo se hará con tiempo y paciencia, escribía⁷⁷. Pero yo vuelvo siempre al primer principio: que la comunidad vaya bien, que las personas se formen, maduren y se santifiquen. Con santas conseguiremos todo; con religiosas ordinarias o imperfectas no haremos casi nada».

En 1820, el P. Chaminade juzgó que la comunidad podía, sin perjudicarse, aceptar el ofrecimiento de Tonneins. Un hombre de bien, el señor Faure de Lacaussade, director de la Tabacalera, no ahorró ningún esfuerzo para traer a las Hijas de María a esta ciudad medio protestante, y para prepararles un alojamiento a pesar de las dificultades aparentemente insuperables.

El Buen Padre llevó allí a seis de sus hijas pocos días después de la toma de posesión del convento de los agustinos (septiembre de 1820). Puso al frente de la nueva fundación a la Madre Teresa, de sólo veintidós años, pero dotada de una excepcional altura moral, así como de sabiduría y energía, cualidades de las que el Instituto no pudo gozar mucho tiempo: murió menos de tres años después y su muerte fue para Tonneins un duelo público⁷⁸. El convento que ella dirigía era una bendición para la ciudad. Antes de que se estableciese la clausura, la Hermana San Francisco, que,

⁷⁴ Ella había querido unirse a las fundadoras desde el principio, pero la población de Villeneuve se había levantado para obligarle a quedarse.

^f *El P. Simler confunde aquí a Clara, que no perseveró, con su hermana mayor Isabel, que fue la tercera Superiora General de las Hijas de María.*

⁷⁵ Emilie de Rodat (1787-1852) formó su comunidad en 1816 y dedicó a sus Hermanas a la educación de los niños pobres. Recogió también a las chicas arrepentidas, a imitación de Marie-Thérèse de Lamourous, con la que estaba muy unida. Fue proclamada Venerable en 1872. Cf. su *Vida* por Léon Aubineau, 6ª edición, Lyon, 1891. *Posteriormente fue beatificada el 9 de enero de 1940 y canonizada el 23 de abril de 1950.*

^g *Hay que corregir estas fechas: los dos intentos de fusión ocurrieron en 1819 y 1821.*

⁷⁶ En estas relaciones, la Madre de Trenquelléon logró implantar en Villefranche una floreciente Congregación de hombres y mujeres y poner en relación con el P. Chaminade a un abnegado sacerdote, que dirigió esta obra.

⁷⁷ 10 de junio de 1818. *Carta 98, Lettres, t. I, p. 174.*

⁷⁸ El P. Chaminade, que solía ser muy reservado en sus juicios, decía de ella al anunciar su muerte: «La Madre Teresa ha muerto en olor de santidad el pasado 3 de noviembre. Desde su muerte, el Instituto de las Hijas de María está experimentando efectos muy sensibles de su protección» (Carta a Clouzet, diciembre de 1823). *Esta cita es de la carta 260, dirigida a la comunidad de Saint-Remy, el 2 de diciembre de 1823, Lettres, t. I, p. 479.*

aunque simple Hermana compañera, iba a llevar muchas almas a Dios, predicaba a los que pasaban desde lo alto de la escalinata de la casa. La Congregación de las señoras tomó un desarrollo inesperado; se abrieron escuelas populares, después un internado, el primero del que se encargó el Instituto.

Paralelamente a esta fundación, el P. Chaminade suscitó en Agen y Tonneins una Tercera Orden secular de las Hijas de María, formada por las congregantes más fervientes que, sin poder entrar en la vida religiosa, deseaban abrazar algunas prácticas y cooperar en algunas obras de las Hijas de María. El espíritu de las reglas que les dio el fundador era el de las religiosas viviendo en el mundo de Burdeos. El fin de la Tercera Orden era definido así: «1º Caminar juntas hacia la perfección de las virtudes cristianas, en la medida en que la situación de estas personas en el mundo lo permita; 2º sostener y acrecentar la Congregación de su sexo». Las terciarias pronunciaban «los votos de obediencia y dedicación al Instituto de María» y, cuando no estaban casadas, el de castidad. Tenían una superiora escogida entre ellas, pero dependían del convento de las Hijas de María y de su Superior. En las dos ciudades, la Tercera Orden prestó servicios preciosos, supliendo a las Hijas de María en todo lo que la clausura era un obstáculo a su celo o a su caridad. La Tercera Orden tenía sus prácticas especiales, y en particular un retiro anual. En su seno florecía una devoción que el P. Chaminade había traído de Burdeos, el Culto perpetuo a la santísima Virgen, cuyos estatutos fueron aprobados por monseñor Jacoupy en 1819.

Así terminó de establecer sobre bases duraderas esta laboriosa fundación de las Hijas de María que, según el historiador de monseñor Jacoupy, fue «la fundación capital» de su episcopado⁷⁹. En esta época, tenía ya su compañero para los hombres en la ciudad de Burdeos. Para estudiar esta segunda fundación vamos a volver unos cuantos años atrás.

Capítulo 22: La Compañía de María (1817)

La fundación de la Compañía de María siguió de cerca a la del Instituto de las Hijas de María. Las mismas causas llevaron a los mismos efectos, aunque, en el segundo caso, por vías más sencillas y normales. El P. Chaminade daba gran importancia a la colaboración de una Orden religiosa de mujeres, y deseaba con mayor razón asegurarse auxiliares entre los jóvenes. Les consagraba cuidados especiales, porque fundaba sobre ellos grandes esperanzas. Escribía a la Madre de Trenquelléon⁸⁰: «Aunque hasta ahora me haya ocupado de todos los cuerpos de la Congregación, he cuidado más el de los jóvenes, porque era el más difícil y el que, sin embargo, podía contribuir mejor al fin que me propuse en la misión».

En los primeros días de la Restauración, la pequeña asociación que, en la Congregación de los jóvenes, practicaba los consejos evangélicos, estaba compuesta por quince miembros⁸¹, cuyos compromisos colectivos se formulaban como sigue:

«En el nombre de la santísima Trinidad, para mayor gloria de Dios y bajo la protección de la augusta María Inmaculada, nosotros, hermanos en Jesucristo, deseando unir nuestros esfuerzos deseando contribuir juntos a nuestra santificación y a la multiplicación de los servidores de nuestro bueno y soberano Maestro, hemos llegado entre nosotros al acuerdo siguiente: Nos imponemos un reglamento de vida, cada uno según sus necesidades. Contiene cuatro artículos comunes a todos: 1º Comunión cada quince días; 2º meditación todos los días; 3º examen de previsión todas las mañanas; 4º examen de conciencia todas las noches. Tomamos como tarea formar a un discípulo en el verdadero espíritu del cristianismo. Sometemos nuestro reglamento de vida, la dirección de nuestro discípulo y otras obras de celo que podríamos hacer a nuestro director, y hacemos, en sus manos, voto de obediencia por tres meses aproximadamente en lo que concierne a estas cosas».

Sólo conocemos una parte de los nombres de los quince. Sabemos que siete de los primeros miembros de la Compañía de María, que nombraremos más adelante, pertenecían a la asociación íntima. También se cuentan entre ellos Marc Arnozan, los hermanos Loustau y varios futuros religiosos⁸². Sólo el voto de obediencia les era común, como lo hemos constatado por la

⁷⁹ Delrieu, *Notice historique sur la vie et l'épiscopat de Mgr Jacoupy*, Agen, 1874, p. 126.

⁸⁰ 8 de octubre de 1814. *Carta 52, Lettres, t. I, p. 88*.

⁸¹ Lalanne, *Notice historique*, p. 4. *El documento que sigue está publicado en "L'Esprit de notre fondation", v. 3, p. 298-299*.

⁸² Por ejemplo, Pierre Bousquet.

fórmula de sus compromisos colectivos; pero la mayor parte emitían también los votos de castidad y de celo, aunque por un tiempo variable. Algunos de ellos, como por ejemplo, el tonelero Bidon, eran religiosos completos que profesaban los tres votos de religión, incluido el de pobreza, que practicaban según las exigencias de su estado. Todos se daban con fervor a las obras de la Madeleine y su celo contribuyó más que ninguna otra causa a la prosperidad creciente de la Congregación los primeros años que siguieron a su restablecimiento.

Sin embargo, la ambición del P. Chaminade no se limitaba a eso: por muy grande que fuese la ayuda de estos colaboradores, no podía exigir de ellos más de lo que les permitía el cuidado de sus intereses personales. Pero él necesitaba colaboradores totalmente libres de su tiempo y de su persona, verdaderos apóstoles cuyos únicos intereses fuesen los de Dios y María. Sabía que bastaría una palabra por su parte para conseguirlos. Pero hasta entonces había dudado en pronunciarla, porque, según su costumbre, prefería dejarse adelantar por la Providencia, y además temía perjudicar a la Congregación, quitándole miembros cuya influencia era tan eficaz como disimulada. Sin embargo, las ventajas de una comunidad religiosa compensaban abundantemente sus inconvenientes, por lo que desde 1816, año de la fundación de las Hijas de María, el P. Chaminade estaba dispuesto a aprovechar la primera ocasión que se le presentase para estrechar los lazos que unían entre ellos a sus discípulos de elección.

Ya los reglamentos anteriores fomentaban los acercamientos momentáneos de los congregantes religiosos y les prescribían una especie de vida común. «Cuando dos o varios religiosos viven juntos, acuerdan los ejercicios que puedan hacer cada día juntos: tendrán juntos un pequeño capítulo en la forma que les será indicada. Cuando varios religiosos, novicios o postulantes vivan cerca y tengan facilidad de reunirse en casa de uno de ellos para algunos ejercicios religiosos, se pondrán de acuerdo». Lalanne nos dice que incluso el P. Chaminade había tenido la idea de hacer vivir a sus religiosos en el mundo como vivían los cristianos de los tiempos apostólicos, teniendo todo en común; «pero se había dado cuenta de que esta forma de vida religiosa era impracticable, y poco a poco, sin abandonar totalmente la idea de una vida religiosa con forma secular, pensó realizarla por medio de una comunidad propiamente dicha»⁸³. Sin embargo, siguiendo su costumbre, no se precipitó nada. Paciente y abandonado a la voluntad de Dios, se mantuvo a la expectativa, orando y mortificándose, sin incitar a ninguno de sus hijos, contentándose con inflamarles cada día más con el deseo de servir a Dios y de cooperar en la misión de la Virgen Inmaculada. Su espera no duró mucho: pronto Dios le invitó de alguna forma a dar el último paso.

Entre los profesores de la institución Estebenet que, no lo olvidemos, era como una sucursal de la Congregación, se encontraba un joven eclesiástico, que empezaba a destacar. Jean-Baptiste^a Lalanne era para el P. Chaminade un discípulo querido entre todos. Nacido en Burdeos el 7 de octubre de 1795, frecuentaba la Congregación como postulante desde la edad de doce años: a partir de ese momento llevó siempre consigo, guardado en un saquito de cuero, el acto de su consagración a María, que le acompañaría hasta su muerte⁸⁴. El P. Chaminade había conocido y querido a su padre⁸⁵, y cuando éste murió volcó todo el afecto sobre su hijo, del que ya apreciaba sus grandes cualidades de inteligencia y corazón.

Al final de sus estudios clásicos, el joven Lalanne se orientó a la medicina y a los diecisiete años obtuvo por concurso una de las cuatro plazas de internos en el Hospital general de Burdeos. En esta época fue con Laterrade uno de los fundadores de la Sociedad Lineana. Fue a París a completar sus estudios y fue admitido, junto a varios de sus compañeros de Burdeos, como Jean-Baptiste Lacombe y Adolphe Dupuch, en la Institución Liautard, que varios años después tomaría

⁸³ Lalanne, *Notice historique*, p. 5.

^a Según Pierre Humbertclaude, en su biografía “L’abbé Lalanne”, *Librairie Bloud et Gay, Paris 1932, p. 11, se llamaba Jean-Philippe-Auguste*

⁸⁴ El hecho se relata en la *Notice historique sur le Collège Stanislas*, Oeuvre de Saint-Paul, 1881, p. 262. Sobre el P. Jean-Baptiste Lalanne, se puede consultar la *Notice* que acabamos de citar y los artículos que le han dedicado en los diversos Diccionarios de Biografía, en particular el *Panthéon des illustrations françaises*, Paris, Lainé et Havard, 1867. *Cfr. más arriba, p. 171, la nota a.*

⁸⁵ Jean-Gabriel Lalanne era topógrafo de profesión. Tesorero en la administración de los hospicios en la época de la Revolución, había conseguido mantener allí a las Hermanas de San Vicente de Paúl incluso durante el Terror. Fue condenado a seis años de cárcel por la Comisión militar el 29 de octubre de 1793, pero fue liberado después del Terror.

el nombre de colegio Stanislas. Debió su vocación eclesiástica a esta casa que era entonces un vivero de sacerdotes y religiosos y que, por una singular coincidencia de circunstancias, él mismo iba a verse llamado un día a salvarla de una ruina segura. A su vuelta a Burdeos, cursó el tercer grado en el centro del señor Estebenet, esperando elegir entre el Seminario y un Instituto religioso. No escatimaba su entrega al P. Chaminade y a la Congregación, y se comprometió con entusiasmo en la sociedad de los Quince.

Un día de primavera del año 1817, durante la célebre misión del P. Rauzan, se presentó ante el P. Chaminade, y, con una emoción mal contenida, le dijo que había ya decidido, y que renunciaba a su idea de entrar en la Compañía de Jesús: había comprendido que Dios le quería en otro sitio; se sentía llamado a un género de vida y de obras semejantes a la vida y a las obras del director de la Congregación.

Escuchémosle a él mismo describir la escena que siguió⁸⁶: «Ante esta confidencia, el P. Chaminade pareció enternecerse hasta las lágrimas y respondió a Lalanne con una exclamación de alegría: "¡Es lo que esperaba desde hacía tiempo! ¡Bendito seas Dios! Su voluntad se manifiesta, y ha llegado el momento de poner en obra el plan que persigo desde hace veinte^b años que me lo inspiró". Entonces explicó a Jean-Baptiste Lalanne su idea: "La vida religiosa es al cristianismo lo que el cristianismo es a la humanidad. Es tan imperecedera en la Iglesia como la Iglesia es imperecedera en el mundo. Sin los religiosos, el evangelio no tendría en ninguna parte una aplicación completa en la sociedad humana. Por eso, es inútil que se pretenda restablecer el cristianismo sin instituciones que permitan a unos hombres la práctica de los consejos evangélicos. Sólo que sería difícil, sería hoy inoportuno pretender hacer renacer estas instituciones con las mismas formas que antes de la Revolución.

"Pero ninguna forma es esencial a la vida religiosa. Se puede ser religioso con una apariencia secular. Los malos desconfiarán menos; les será más difícil poner obstáculos; el mundo y la Iglesia se edificarán. Así pues, hagamos una asociación religiosa por la emisión de los tres votos de religión, pero sin nombre, sin hábito, sin existencia civil, en la medida en que se pueda: *Nova bella elegit Dominus*⁸⁷. Y pongamos todo bajo la protección de María Inmaculada, a quien su divino Hijo ha reservado las últimas victorias sobre el infierno: *Et ipsa conteret caput tuum*. Seamos, hijo mío, dijo finalmente con un entusiasmo que no le era habitual, seamos, en nuestra humildad, el *talón* de la Mujer". Lalanne se conmovió vivamente con esta confidencia; pidió un tiempo de reflexión y examen, pero prometió hablar de ello, mientras esperaba, a sus amigos, y comunicarles las ideas y el proyecto del director».

El día en que ocurrió esta escena fue el uno de mayo, «día grandemente memorable», dirá más tarde el P. Chaminade⁸⁸. ¿No era María misma quien llevaba a su servidor el consuelo más dulce que hubiese podido ambicionar?

Lalanne expuso inmediatamente la confidencia que le había sido hecha a su amigo Collineau que, según nos dice, «acogió la propuesta sin objeciones y la suscribió de primeras: esta facilidad no era habitual en él». Por su parte, el P. Chaminade había hablado de su proyecto a otro de sus discípulos, Brougnon-Perrière, que en la intimidad se llamaba simplemente el señor Auguste⁸⁹. Éste se había declarado inmediatamente dispuesto a dedicarse con sus amigos. «Una vez seguro de estos tres hombres, continúa Lalanne, el fundador vio creada su obra. Efectivamente, los tres eran considerados como hombres capaces y de un cierto futuro». En estas últimas líneas, el narrador queda por debajo de la verdad, especialmente en lo que concierne a él mismo. Humanamente hablando, su adhesión era una fuerte garantía de éxito. La inteligencia de Jean-Baptiste Lalanne era la de un hombre superior; su carrera lo probó suficientemente. Jean-Baptiste Collineau, nacido en una excelente familia de Burdeos, estaba dotado de una facilidad oratoria poco

⁸⁶ *Notice historique*, p. 6.

^b *El original pone treinta años (no veinte)*. Véase mi comentario sobre este cambio de número de años en Eduardo Benlloch, SM, "El mensaje Chaminade hoy" SM, Madrid 1987, p. 25 (edición digital en *Ágora marianista/Espiritualidad/Tiempo y espacio/Páginas de historia marianista*)

⁸⁷ *Jueces*, 5,8. La cita bíblica es de la Vulgata, véase mi amplio comentario sobre el problema del texto hebreo y el sentido que le dio el P. Chaminade en la revista "Vida Marianista", n.14 y n. 15, en los artículos "La página espiritual".

⁸⁸ A Lalanne, 6 de mayo de 1833, *Lettres*, t. III, p. 289.

⁸⁹ Nosotros le llamaremos con este nombre que, por lo demás, no era su nombre principal, porque se llamaba Jacques Brougnon-Perrière.

común, apoyada en una cultura muy variada⁹⁰. Finalmente el señor Auguste completaba muy bien a sus compañeros, tenía seis años más que ellos⁹¹ y poseía a la vez más experiencia y más sentido práctico. Como ellos, había hecho todos sus estudios clásicos, en gran parte en el colegio del señor Estebenet. Había dudado entre la vida secular y el estado eclesiástico, e incluso había entrado en el Seminario. Pero convencido de que aquella no era su vocación, se dedicó a la enseñanza, primero en el colegio de Figeac, con Lafon, después en el de Estebenet, siendo su brazo derecho de ellos. La lealtad de su carácter, su buen sentido, sus amplios conocimientos hacía de él un colaborador valioso, aunque no tuviese la brillantez de Lalanne y Collineau.

«Desde entonces, nos sigue diciendo Lalanne, el P. Chaminade creyó que podía proponer su obra a todos los que él sabía que estaban dedicados de corazón a Dios y eran libres. Hubo dos que se adhirieron enseguida: eran dos jóvenes dedicados al comercio, Louis Daguzan y el más joven de los hermanos Clouzet». Los dos tenían veintiocho años. El primero, Louis Daguzan, era de Burdeos. La naciente Compañía no gozó mucho tiempo de su alta virtud y de su entrega, porque murió joven todavía, en 1831. El segundo, Dominique Clouzet, originario de Sarremezan, en el Haute-Garonne, dotado de eminentes cualidades religiosas y de grandes talentos de orden práctico, pudo ser llamado con razón por el P. Chaminade «una de las piedras fundamentales de la Compañía»⁹². La soltura de sus maneras, el tacto perfecto de su proceder, su dominio de sí mismo, su inteligencia en los negocios le hubiesen asegurado el éxito en el mundo, si hubiera quedado en él: esas mismas cualidades trasplantadas a la vida religiosa, fueron una ayuda preciosa aportada a una obra naciente.

Procediendo con su madurez habitual, el P. Chaminade no quiso precipitarse en la fundación que se anunciaba tan llena de esperanza. Dejó que las buenas disposiciones de sus discípulos se consolidasen con el tiempo y la gracia. Se contentó con hablarles en reuniones íntimas entre los árboles de Saint-Laurent. Allí se derramaban los generosos ardores de una juventud que ardía del deseo de abrazar las tareas del apostolado; allí penetraba en los corazones la doctrina del maestro que, con palabras inflamadas, repetía la dicha de servir a María y dedicarse a ella sin reservas. Cinco meses pasaron así, empleados en la oración, en la reflexión, en un intercambio mutuo de puntos de vista sobre la fundación proyectada. Los jóvenes se afirmaban cada día más en su resolución y apremiaban a su Padre a que les admitiese a hacer bajo su dirección un retiro decisivo.

Fue al salir de este retiro, el jueves 2 de octubre de 1817, día en que la Iglesia celebra la fiesta de los santos Ángeles custodios, cuando los cinco jóvenes declararon explícitamente a su director y Padre que la decisión estaba tomada, que se ponían a su entera disposición y solicitaban el favor de vincularse con votos de religión. El P. Chaminade no pudo contener su emoción; abrazó a sus hijos, y, sin admitirles enseguida a pronunciar sus votos, les aseguró que a partir de ese día contaba con ellos y que iba a tomar todas las disposiciones para reunirlos en comunidad: un nuevo Instituto religioso había sido fundado⁹³.

En cuanto se extendió la noticia, dos obreros acudieron y solicitaron el favor de prestar a los servidores de María el concurso de su dedicación. Conocemos a los dos: eran Jean-Baptiste Bidon y su joven amigo, Antoine Cantau, los dos toneleros, nacidos respectivamente en 1778 y 1791, hombres sencillos y rectos, que se habían distinguido por su ardor en secundar la obra de la Congregación. Bidon era congregante desde 1801: su fidelidad al P. Chaminade era a toda prueba. Él había llevado a Cantau al director en la época de la supresión de la Congregación. Este último había sido admitido a pronunciar su consagración el 2 de febrero de 1810, después dejó Burdeos para hacer el servicio militar. Volvió fortalecido por la práctica de las virtudes más difíciles, se mostró como uno de los congregantes más entregados, como lo testimonia su iniciativa en la

⁹⁰ Jean-Baptiste-Emile Collineau había nacido el 26 de mayo de 1796. Era sobrino de un sacerdote de Burdeos, Jean-Germain Collineau, párroco de Saint-Seurin, muerto en 1814.

⁹¹ Había nacido el 13 de junio de 1879 en Burdeos. *Fecha evidentemente errónea; hay bastante confusión en nuestras fuentes sobre la fecha de nacimiento del señor Auguste. Lo más probable es que nació en 1792.*

⁹² Al P. Chevaux, el 23 de marzo de 1833. *Carta 677, Lettres, t. III, p. 271.* «Yo le miro en la Compañía como otro yo», escribe al propio Clouzet el 10 de diciembre de 1832. *Carta 654, Lettres t. III, p. 208.* Dominique Clouzet tenía un hermano que fundó en Burdeos una gran casa de comercio y su probidad era proverbial; su hijo Ferdinand fue consejero general de la Gironde.

⁹³ La Compañía de María ha conservado la memoria de este día como el de su nacimiento. Ha obtenido de la Santa Sede el permiso para celebrar la fiesta de los santos Ángeles con un rito superior al rito ordinario.

parroquia Sainte-Croix, y pronto se vinculó con compromisos religiosos. Los dos nuevos llegados completaban el número de siete fundadores.

Lalanne continúa así el relato de la fundación⁹⁴: «Lalanne y Collineau se destinaban al estado eclesiástico; Daguzan y Clouzet, que no habían hecho estudios, tenían como perspectiva sólo la vida religiosa, así como Auguste Perrière, aunque tuviese estudios muy completos; Bidon y Cantau se dedicaron al servicio. Así, desde los primeros días de su existencia, la Compañía se componía de los tres elementos, los eclesiásticos, los religiosos enseñantes y los religiosos sirvientes.

«Después de algunas reuniones preparatorias en Saint-Laurent, se convino en que el señor Auguste buscaría y alquilaría un local en el que se reunirían inmediatamente los que estuviesen libres». Mientras tanto, Lalanne fue encargado de redactar un reglamento provisional, extracto de la regla de los congregantes religiosos en el mundo y adaptado a las condiciones de la vida en común. El P. Chaminade lo aprobó y lo dio a sus hijos el 13 de noviembre. El reglamento comprendía seis artículos y determinaba las relaciones recíprocas de los miembros de la Compañía naciente, así como los ejercicios de piedad que debían ser comunes, la meditación, el capítulo, el examen. Pocos días después, Auguste había encontrado y alquilado un pequeño local, muy próximo a la Madeleine. Era una modesta casa con un pequeño jardín al fondo de un callejón de la calle de Ségur⁹⁵. «La casa se componía de cinco habitaciones en la planta baja. En ella se hizo una capilla, una sala de estudio, un dormitorio, un comedor y una cocina»⁹⁶.

El 24 de noviembre tuvo lugar la bendición de la casa, y el 25 el señor Auguste tomó posesión de ella. Lalanne y Daguzan se le juntaron enseguida. Los otros siguieron a medida que pudieron desprenderse. Sólo Collineau no vino ese año, porque sus padres se opusieron con energía a una vocación que les extrañaba y les alarmaba. El jueves 11 de diciembre, en la octava de la Inmaculada Concepción, los siete jóvenes pronunciaron sus primeros votos en manos del P. Chaminade en la modesta capilla^c. Todo llevaba a la alegría y a la esperanza.

De acuerdo con monseñor d'Aviau, a quien él ponía al corriente de todo lo que se hacía, el P. Chaminade decidió consagrar un año entero al estudio de las formas del nuevo Instituto. Ese período de tiempo serviría también para probar las vocaciones y permitiría a cada uno sopesar la generosidad de su determinación con los desengaños que se podían esperar en una empresa de este tipo. Al mismo tiempo, el fundador tendría la ocasión de formar lenta y metódicamente a sus primeros discípulos en las virtudes esenciales de la vida religiosa.

Durante este año de probación, el P. Chaminade no permitió a ninguno de ellos abandonar las tareas que realizaba antes. Sólo les pidió que fuesen al callejón de la calle Ségur cuando terminasen su trabajo y viviesen en comunidad. El señor Auguste fue nombrado superior: su edad y su carácter le hacían ser la persona apropiada para estas funciones. Los tres oficios introducidos en las Hijas de María fueron también adoptados en la comunidad naciente: Collineau se encargó de la instrucción, y Lalanne del celo. En cumplimiento de sus funciones, este último redactó el primer reglamento así como las fórmulas de las oraciones comunes, que debían ser sometidas a la aprobación del director.

Antoine Cantau estaba encargado del trabajo. Se puso a disposición del señor Auguste para el servicio interior de la casa. Al llegar a la comunidad le dijo: «¿Qué es lo que tengo que hacer? El P. Chaminade me ha dicho que encargaría de los trabajos de la casa, que yo haría las camas y lo demás». El señor Auguste le respondió: «Nos hemos acostumbrado a hacer nosotros mismos la cama, pero nos falta el cocinero». Cantau fue el improvisado cocinero. «Como era un arte nuevo para él, se mostró primero novicio. Pero el interés que puso en consultar, la atención con la que

⁹⁴ *Notice historique*, p. 8.

⁹⁵ Según la tradición, sería el callejón Caillabet, que da a la antigua calle de Ségur, actualmente calle de Cursol. *En tiempos del P. Chaminade, esta casa estuvo situada en l'Impasse de Segur, n. 14, que corresponde en la actualidad a la calle Commandant Arnould, 65. Cfr. Émile Weltz, "Sur les pas du Père Chaminade à Bordeaux", Centre Chaminade, Bordeaux 1982, p. 40.*

⁹⁶ *Notice historique*, p. 9.

^c *Son todavía votos privados. Esta ceremonia privada no tuvo lugar en la modesta capilla, sino en la sacristía de la Madeleine. Cfr. François Boby, "Notice historique de la Société de Marie", AGMAR 17.1.2, p. 27 y también lo afirma así EP, v. 5, p. 361.*

siguió las lecciones que le daban, las pruebas y combinaciones que hizo él mismo, le pusieron pronto en situación de preparar los platos aceptablemente»⁹⁷.

Una cordialidad sincera, una gran sencillez, unida a una distinción exenta de rigidez y afectación, presidía las relaciones recíprocas entre los nuevos cohermanos. «Estos jóvenes, nos dice uno de ellos⁹⁸, habían sido educados cristianamente, pero en una gran libertad. Habían vivido, hasta los veinte años y más, mezclados en todas las cosas del mundo: relaciones de familia, relaciones de amistad, negocios, estudios y placeres; pero en las diversiones dentro de los límites de la más severa honestidad. No estaban movidos por ningún motivo humano, de interés ni de gloria, ni tampoco por el hastío del mundo o por el temor de no conseguir su salvación. Ligados entre ellos por la amistad desde hacía tiempo, tenían entre ellos y con el P. Chaminade una confianza ilimitada. Finalmente, nacidos, o educados al menos, después de la Revolución y de padres del pueblo, no estaban imbuidos de ningún prejuicio aristocrático, no tenían ningún compromiso con el pasado, ni por sus antecedentes ni por los de sus familias. Horrorizados de los excesos de la Revolución, vivían sin embargo sin repugnancia en el nuevo régimen, que parecía poner fin al gobierno revolucionario; no pedían al poder civil más que la libertad de hacer el bien.

«Estas costumbres y estas ideas, que no alteraban en nada el fundamento de la vida religiosa, es decir la abnegación de sí y la dedicación de toda la persona a Dios, fueron, en cierta manera, el carácter, el sello distintivo y el espíritu primitivo de la Compañía de María. Ni rigoristas, ni exclusivos, no aferrados a costumbres antiguas y accesorias, desprendidos de todo prejuicio y de toda influencia de partido, los nuevos religiosos iban con toda sencillez a Dios. El P. Chaminade no deseaba otra cosa, aunque hubiese visto, en su juventud, el estado religioso bajo otro aspecto. Sin inquietarse mucho por las maneras abiertas y desenvueltas de sus discípulos, insistía en las virtudes que constituyen la abnegación religiosa por la imitación de Jesucristo».

No dio ningún aspecto monástico a sus religiosos en las apariencias externas⁹⁹. Sigue diciendo Lalanne¹⁰⁰: «No se tomó ningún hábito. Se acordó incluso que se evitaría todo lo que pudiese atraer la atención de cualquier forma que sea. Se evitó la denominación de Padre, Hermano, Superior. Se llamaban "señor". Esta ausencia de formas monacales era una de las razones de ser de la Compañía de María».

El P. Chaminade insistía más y con más fuerza en el espíritu interior que debía caracterizar a sus religiosos. Ponía un cuidado extremo en su formación, dirigiendo cada alma con una vigilancia y una firmeza que le asegurasen un progreso seguro e ininterrumpido¹⁰¹. Les consagraba todo el tiempo necesario, a pesar de sus múltiples ocupaciones. Cada semana iba donde ellos y, en las reuniones prolongadas, les enseñaba una a una todas las virtudes religiosas, insistiendo en las más fundamentales, en particular en la guarda de los sentidos y el recogimiento. No cesaba de repetirles que la modestia debía ocupar el lugar del hábito religioso, y que el espíritu de fe y de oración sería su única salvaguardia contra los peligros del mundo a los que inevitablemente les expondría su vocación apostólica. Se conservan los resúmenes de estas primeras instrucciones. Están impregnadas de cierta austeridad, indispensable para templar sólidamente unas almas trasplantadas casi sin transición del mundo a la vida religiosa y destinadas a servir de primer fundamento de un nuevo Instituto. Desde su origen, en la pequeña comunidad, se practicaba un ayuno semanal, el viernes. El capítulo de culpas, destinado a prevenir la relajación y los abusos, ocupaba un lugar importante entre los ejercicios de cada semana. Finalmente, cuando se solicitaba una gracia especial al cielo, se constituía a san José como mediador. En su honor, se añadía el ayuno del miércoles al del viernes.

El primer año de vida común transcurrió así sin ningún incidente notable. Desde los primeros días, dos hombres mayores solicitaron, como un favor inesperado al declinar su carrera, la autorización para ser contados entre los nuevos hijos de María. Uno de ellos, el venerable señor Lapause, tan dedicado a los Padres de familia y a las congregaciones alejadas de Burdeos, fue admitido sólo a título de afiliado porque su edad no le permitía seguir las prácticas de todos.

⁹⁷ Relato de Auguste con ocasión de la muerte de Antoine Cantau el 25 de agosto de 1819.

⁹⁸ Lalanne, Memoria manuscrita.

⁹⁹ Decía en 1826: «¿Qué idea se quiere que la generación presente se haga del estado religioso, después de todo lo que la Revolución ha propalado contra él?». De ahí, pensaba el P. Chaminade, la necesidad de precauciones indispensables en las formas exteriores que vaya a presentar una Orden religiosa nueva.

¹⁰⁰ *Dictionnaire des Ordres religieux*, IV, col. 746.

¹⁰¹ Cuadernos de notas íntimas de uno de estos primeros religiosos nos dan una prueba directa de ello.

Cuando al año siguiente tuvieron una casa más amplia, pasó a vivir con los religiosos. Feliz de pasar sus últimos días en una comunidad dedicada a María¹⁰², entregó todos sus bienes al Instituto, del que mereció el título de «padre temporal». Murió en medio de sus hermanos en 1832.

El segundo postulante no era otro que David Monier, abogado de talento que, desde hacía tiempo, ayudaba al P. Chaminade con su pluma y sus consejos. Llevaba alegremente los sesenta años de su movida carrera, y ardía de deseos de consagrar su entusiasmo siempre joven a glorificar y extender el culto a María, y por ella la gloria de su Hijo. Fue admitido entre los nuevos religiosos, tomó los mismos compromisos pero tampoco él vino a vivir con ellos hasta el año siguiente. Extendió a la Compañía los buenos oficios que prestaba al P. Chaminade como secretario, y ejerció una influencia considerable en la marcha de la obra. ¡Lástima que las ilusiones de una imaginación exuberante echaran a perder a menudo las más rectas intenciones! A pesar de sus defectos, era un colaborador muy valioso. Mientras estaba bajo la dirección inmediata del P. Chaminade, no había que temer ningún desvarío porque se dejaba dirigir con la sencillez de un niño.

El P. Chaminade habría alcanzado el máximo de felicidad si hubiese podido residir con sus hijos y compartir su vida. Pero, después de haber pesado ante Dios las ventajas y los inconvenientes de semejante decisión, se convenció de que ésa no era la voluntad de Dios. La Compañía, aunque era la principal de sus obras, no era la única. Temió que, comprometiéndose con ella completamente, descuidase sus otras creaciones, que tenían también derecho a su solicitud. Pensó que, dejando de confundirse con la Compañía naciente, serviría mejor a sus intereses y podría protegerle mejor de los peligros de fuera, sin dejar de servirle de dentro. Por estas consideraciones, conservó su residencia de la Madeleine, dejó a sus hijos tener a veces las sesiones del consejo en su ausencia, y no tomó el título de superior, que atribuyó al señor Auguste, como hemos visto, reservándose para él el de director.

No es que él pretendiera separar sus intereses de los de sus religiosos, ni mucho menos. Respondiendo a uno de los religiosos que le preguntaba sobre este punto, el P. Chaminade le dice¹⁰³: «¿No cree usted que el fundador contrae un lazo muy estrecho con el Instituto, desde el momento que recibe las promesas en calidad de superior? Por ejemplo, el voto de obediencia ¿no establece un lazo recíproco entre el sujeto y el superior? Lo mismo se puede decir de los otros votos, así como de las Constituciones del Instituto. No sería lo mismo si el fundador designase a otro para recibir los votos y las promesas de sus cohermanos, manteniéndose él mismo al margen». Además, él se dedicó a dirigir efectivamente el Instituto naciente. Más tarde tomó oficialmente el título de Superior general y no distinguió su vida de la de sus religiosos más que en la medida en la exigieron sus otras obras.

Esta actitud del P. Chaminade contribuyó a mantener el silencio en torno a la nueva comunidad. Se llamó poco la atención en Burdeos, y sin embargo, era la primera Orden religiosa de hombres nacida en esta ciudad. En la Congregación y entre los amigos del P. Chaminade se designó a la comunidad con el título de *Pequeña Compañía*, título con el que ella misma se llamó durante mucho tiempo. Oficialmente se llamaba ya *Compañía de María*. Al P. Chaminade le gustaba unir las dos fundaciones, la de Agen y la de Burdeos, con el nombre de *Instituto de María*, señalando con esta denominación común su estrecha unión al servicio de la Virgen Inmaculada.

Por una coincidencia singular, hacia la misma fecha, en Lyon, surgía otra Compañía de María debida a la iniciativa de un abnegado sacerdote, el P. Collin. Los dos fundadores y las dos Congregaciones se conocieron mucho más tarde. Se llegó a pensar en una fusión entre ellas, pero el fin distinto de ambas justificaba la existencia separada¹⁰⁴.

¹⁰² Cf. una de sus cartas al P. Joffre, en la *Vida* de este último, p. 269. En "*Le Messager de la Société de Marie*", t. III, p. 431-438, hay una amplia nota biográfica de este curioso personaje tan ligado a nuestros orígenes, donde también se puede leer la carta citada al P. Joffre.

¹⁰³ A Caillet, 31 de marzo de 1824. *Carta 278, Lettres*, t. I, p. 278.

¹⁰⁴ La Compañía de María de Lyon data su origen de 1816 y su constitución definitiva de 1836. Su organización y su tipo de obras recuerdan a la Compañía de Jesús. En cuanto a las relaciones del P. Collin con el P. Chaminade, son atestiguadas de una parte y otra. El P. Chaminade escribía en 1844 al P. Caillet que «en otro tiempo había tenido mucha relación con el General de los Maristas», y el R.P. Gautheron afirma (carta al R.P. Plazenet, 7 de noviembre de 1899) que el P. Collin le había hablado del proyecto de fusión de las dos Compañías de María, pero que el fin de una y otra había parecido demasiado diferente. Una *Vida* del P. Collin ha aparecido sin nombre de autor en Vitte à Lyon, 1900. Es debida al R.P. Gay. En "*L'Apôtre de Marie*", t. XIII, 1922, p. 373-375, se habla de esta relación con la Compañía de María de Lyon o Maristas.

Otras Congregaciones de hombres, los Oblatos de María Inmaculada de Mons. de Mazenod, los pequeños Hermanos de María del P. Champagnat, los Hijos de María Inmaculada del P. Badouin, se fundaban simultáneamente en la aurora de este siglo que debía ser el siglo de María por excelencia, y, aunque guiadas por inspiraciones diferentes, se situaban todas, como falanges distintas, bajo el único estandarte de Aquella que iba a dirigir las nuevas luchas y los nuevos triunfos de la Iglesia.

Capítulo 23: El carácter de la nueva fundación (1818)

El 18 de agosto de 1818^a, el P. Chaminade anunciaba a monseñor d'Aviau que había acabado el primer esbozo de las Constituciones de la Compañía de María; lo sometía a su examen y solicitaba su bendición para el retiro que iba a tener lugar. Decía: «Monseñor, sólo quiero lo que usted quiera, y de la manera que usted quiera; tengo confianza en que Dios, en su misericordia, cumplirá el plan que se ha dignado inspirarme, a pesar de toda mi imperfección».

El retiro comenzó el 28 de agosto^b en la soledad de Saint-Laurent y terminó el 5 de septiembre. Según el propio P. Chaminade, «aquí se echó el fundamento solemne de la Compañía de María»¹⁰⁵. Asistieron dieciséis personas, y, entre ellas, dos sacerdotes de la diócesis de Agen que ya conocemos: el P. Mouran, director del Seminario mayor, y el P. Laumont, párroco de Sainte-Radegonde. El mismo monseñor Jacoupy los envió a este retiro con una carta, en la que decía al fundador¹⁰⁶: «Yo hubiera deseado acompañarles de incógnito; pero es imposible. Deseo que haga usted una buena cosecha». El obispo, al expresarse así, no tenía ninguna intención de ceder a sus dos sacerdotes al P. Chaminade. Recordamos el empeño que puso en conservar en su diócesis a Adela de Trenquelléon y sus compañeras. De ninguna manera habría consentido verse privado del concurso de dos de sus colaboradores más valiosos¹⁰⁷. Pero había reconocido en el P. Chaminade un incomparable educador de apóstoles, y, desde hacía un año, le pedía directores para sus dos seminarios¹⁰⁸. Su ideal hubiese sido la formación de una congregación diocesana semejante a la *Misión* de su diócesis natal: «Yo querría ver aquí lo que existía en otro tiempo en Périgueux; las cosas irían mucho mejor, y yo le debería a usted todo el bien que se hiciese. Así pues, le conjuro, querido Padre, deme algún consuelo o al menos dígame lo más pronto posible qué debo esperar de su parte»¹⁰⁹. La Compañía de María se fundaba entonces, y monseñor Jacoupy buscaba en ella una esperanza para realizar sus proyectos¹¹⁰. En estas circunstancias, el P. Chaminade le comunicó el retiro del mes de agosto y permitió a Mouran y Laumont participar en ellos.

El propio P. Chaminade los predicaba y dirigía, y participaban, además de los dos citados y los siete primeros discípulos, a los que se habían juntado David Monier y el señor Lapause, cuatro nuevos aspirantes, congregantes todos ellos, que eran un bordelés de buena familia, Bernard Laugeay, y tres jóvenes de Saint-Loubès, que, aunque de condición ordinaria, no carecían de cierta cultura, Jean Neuvielle, Jean Mémain y Jean Armenaud: este último tenía votos privados desde hacía varios años.

^a *Fecha equivocada: es la carta 102, de 27 de agosto de 1818, Lettres, t. I, p. 179.*

^b *Otra fecha equivocada. El retiro empezó el 31 de agosto. Cfr. J.V., t. IV, p. 179.*

¹⁰⁵ Al P. Chevaux el 14 de enero de 1833. *Carta 660, Lettres, t. III, p. 222.*

¹⁰⁶ 22 de agosto de 1818. *AGMAR 26.2.166*

¹⁰⁷ La diócesis de Agen había sido particularmente probada por la Revolución; el número de sacerdotes que juraron la Constitución civil del clero fue proporcionalmente mucho más alto que en otras partes.

¹⁰⁸ El Seminario mayor existía desde el Concordato, pero el Seminario menor no se creó hasta el 1 de noviembre de 1817.

¹⁰⁹ El 4 de septiembre de 1817. *AGMAR 26.1.147.*

¹¹⁰ En realidad, los pasos de la nueva fundación eran tan diferentes de lo que monseñor Jacoupy había conocido en Périgueux que estaba un poco desconcertado. Volvía a escribir al P. Chaminade el 22 de abril de 1818: «Tengo la esperanza de que con el tiempo y la paciencia llegaremos a procurar a mis Seminarios hombres dotados del espíritu de Dios y capaces de dirigir estos establecimientos nacientes. Pero, amigo mío, no nos precipitemos, y sobre todo sigamos, en la medida de lo posible, la marcha de los que nos han precedido. Las novedades me asustan. Pero siento que es preciso usar un poco de ellas en este tiempo de desolación para la Iglesia». *La fecha de la carta vuelve a estar equivocada; se trata de la misma carta de la nota 2.*

Los ocho días que duró este retiro pasaron muy rápido para todos. Los ejercitantes no se cansaban de oír al P. Chaminade repetirles, con una emoción comunicativa, lo dichosos que debían sentirse de pertenecer a la familia escogida de María y de ser llamados a convertirse en sus apóstoles por el mundo. Se penetraban del sentido de la vida religiosa, que, ante todo, exige una completa abnegación de sí mismo, y ardían del deseo de consagrarse para siempre a Dios y a María.

Antes de admitirlos a compromisos definitivos, el P. Chaminade les dio a conocer unas primeras reglas que había trazado y pidió las observaciones que el espíritu de Dios les inspirara. Después, con la autorización de monseñor d'Aviau, admitió a la profesión perpetua a Auguste, Lalanne, Bidon, David, Daguzan y Cantau; a votos por tres años a los otros, salvo los últimos llegados, que tenían que hacer el noviciado. En la clausura, el 5 de septiembre de 1818, «anunció, en nombre del arzobispo de Burdeos, la existencia oficialmente reconocida de la Compañía de María»¹¹¹ y esa misma tarde, monseñor de Aviau fue a estar en medio de sus hijos, confirmó el acto del fundador, dirigió a todos palabras de ánimo y confianza, y los bendijo.

La alegría del P. Chaminade se manifiesta en la carta que dirigió a monseñor Jacoupy a la vuelta de los dos sacerdotes de Agen¹¹²: «Este retiro se ha realizado en la soledad con un fervor que los hombres no pueden imaginar. Esta juventud no respira más que el espíritu de las cosas santas. De ella saldrán obreros». Todo su pensamiento está en esa palabra: por fin había encontrado esos obreros que él llamaba con todo entusiasmo a trabajar con él en la viña del Padre de familia a las órdenes de María. Monseñor Jacoupy se alegraba a su vez de las esperanzas que el nuevo Instituto le hacía concebir: «He leído y releído, querido y venerable amigo, la carta que me escribió a la vuelta de los PP. Mouran y Laumont, y cuanto más medito sobre su contenido, más veo la obra de Dios; trabaje sin descanso para llegar al fin que se propone. Me hacen falta eclesiásticos como usted los forma»¹¹³.

El propio P. Chaminade estaba tan satisfecho que al día siguiente de un retiro dado en la Madeleine inmediatamente después del de Saint-Laurent¹¹⁴, escribía a uno de sus congregantes¹¹⁵: «Los dos retiros consecutivos me han dado más satisfacción que trabajo».

Proponiéndose dar a sus hijos unas reglas que no diferirían, en el fondo, de las de las Hijas de María, el P. Chaminade no juzgó urgente su redacción, sobre todo teniendo en cuenta que quería aprovechar antes las lecciones de la experiencia. Sin embargo, con el fin de poder someter a la aprobación de monseñor d'Aviau un texto directamente adaptado a la Compañía, encargó a David Monier que extrajera de las Constituciones de las Hijas de María las ideas esenciales y características, adaptadas a una asociación de hombres. Este trabajo, titulado *Instituto de María*^c, resumen de algunas páginas solamente, es el que fue presentado a monseñor d'Aviau antes del retiro y fue aprobado verbalmente por el prelado. Era imperfecto: su redacción era embrollada y descubría al autor que, según Lalanne, «escribía tan mal como hablaba bien». El fondo no respondía enteramente al pensamiento del fundador, que sólo presentó una parte a la aprobación del arzobispo¹¹⁶. El P. Chaminade tenía intención de retocar más tarde este ensayo y, mientras tanto, remitía a sus religiosos a las Constituciones de las Hijas de María.

La redacción de David Monier atribuía como fin a la nueva Compañía «la multiplicación de los cristianos». Mencionaba el reparto de cargos entre los tres oficios de celo, instrucción y trabajo; mencionaba los votos que eran los de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad y enseñanza de la doctrina cristiana. No había nada que no estuviese en la Hijas de María, salvo el

¹¹¹ Carta al P. Chevaux, 31 de julio de 1833. *Referencia equivocada; probablemente se trata de la carta 666, de 23 de febrero de 1833, Lettres, t. III, p. 246.*

¹¹² Carta del 21 de septiembre de 1818. *Cita entresacada de la carta 104, Lettres, t. I, p. 181.*

¹¹³ El proyecto de monseñor Jacoupy de crear en Agen una Congregación diocesana semejante a la Misión de Périgueux no se realizó. El P. Mouran se puso a la obra pero no pudo terminar. Monseñor Jacoupy le había prevenido que «contaba poco con los sujetos de la diócesis». Esperaba que el P. Chaminade se le proporcionase de Burdeos, pero ¿cómo podía éste hacerlo en el momento en que empezaba su Compañía?

¹¹⁴ Es el retiro del que se habla al final del capítulo 17. Mouran y Laumont colaboraron con el P. Chaminade.

¹¹⁵ A Changeur, 15 de septiembre de 1818. *Hay una referencia en Lettres, t. I, p. 181, pero se encuentra en S 103 bis, en el t. VIII, p. 61.*

^c *Reproducido en "Escritos y palabras" Vol 5, nº 27 (nota de Ágora marianista)*

¹¹⁶ Cf. carta al P. Chevaux, 23 de febrero de 1833. *Carta 666, Lettres, t. III, p. 246.*

voto de estabilidad que reemplazaba al voto de clausura en la fórmula de la profesión. La única parte nueva de este trabajo era la que concernía a las personas.

La participación simultánea de sacerdotes y laicos en una misma asociación estaba ya en las reglas de los congregantes viviendo en el mundo, y se cumplía, puesto que algunos de los Quince eran eclesiásticos y estaban destinados a las órdenes sagradas, como por ejemplo Collineau y Lalanne. Así fue también en la Compañía de María desde su origen como consecuencia de la presencia de esos mismos jóvenes entre los fundadores: fueron ordenados sacerdotes, el uno en 1820 y el otro en 1821. Los demás miembros de la Compañía eran laicos. Esta coincidencia no era fortuita, sino que era querida por el P. Chaminade, porque respondía a las necesidades de los tiempos y favorecía de maravilla la propaganda apostólica. A los sacerdotes correspondían las funciones del sagrado ministerio, la responsabilidad de la enseñanza de la religión y de la formación religiosa. A los laicos correspondía la participación en esa misma enseñanza y en esa misma formación, y el cuidado de lo material: su papel sería más eficaz por hecho de que el acceso a la gente del mundo estaría facilitado por un hábito casi secular, que suscitaba menos desconfianzas.

Las reuniones de la Madeleine, en que se hacía tanto bien, eran un tipo de esta cooperación de los dos elementos en obras comunes. Ya san Felipe Neri, en quien el P. Chaminade se solía inspirar, había comprendido que el Estado tendía a romper su alianza con la Iglesia y que la sociedad moderna se esforzaba en escapar del control del poder espiritual para depender sólo de sí misma: entonces lo más prudente era asegurar al clero colaboradores entre los laicos para suplir la insuficiencia de su acción y permitirle cumplir plenamente su misión de evangelización y de paz¹¹⁷. Si esto servía para la época del Renacimiento, era todavía más pertinente al salir de una Revolución, que proclamaba la escisión radical entre la sociedad civil y la sociedad religiosa y sólo consentía entre ellas concordatos más o menos precarios.

De hecho, esta escisión se acentuaba cada día más y, rebasando el dominio de la política, se extendía al de la ciencia y la moral. Frente a estas nuevas tendencias de las instituciones y del pensamiento, la Iglesia, que, para cumplir su misión divina, se adapta a las condiciones que le vienen dadas, debía modificar sus medios de acción. También el siglo diecinueve, que acaba de terminar, había desarrollado de modo singular la acción de los laicos en el catolicismo. Uno de los más célebres entre ellos, Montalembert, expresaba a su amigo Mérode su pesar por verle entrar en el sacerdocio¹¹⁸: «Estoy convencido de que usted haría mil veces más por la Iglesia como laico que como sacerdote. Hoy hacen falta sobre todo laicos: son sobre todo los laicos los que pueden desconcertar a sus enemigos, precisamente porque no tienen el aspecto de defender sus propias cosas, en este estúpido siglo, en que, para la inmensa mayoría de los hombres cultos, la religión no es más que el *asunto de los sacerdotes*, su medio de sustento, su patrimonio exclusivo».

El P. Chaminade tenía la intuición de las necesidades de su tiempo. Creemos que fue el primero de los fundadores de órdenes religiosas modernas que se propuso fundir en una misma asociación dos elementos hasta entonces separados¹¹⁹ y admitir a los laicos tanto como a los sacerdotes a la mayor parte de los cargos del Instituto, cuando esos cargos no requieren la dignidad sacerdotal. Sacerdotes y laicos perseguirían codo a codo un único y mismo fin, el apostolado. Aparte del sagrado ministerio, los medios no diferirían: el sacerdote y el laico podrían aportar a la obra igual talento e igual cultura.

En el fondo esta concepción no era nueva más que en la legislación de los institutos religiosos que, desde hacía algunos siglos, tendía a separar completamente los dos elementos sacerdotal y laico. Pero había sido así la antigua organización de la vida monástica: por ejemplo, las

¹¹⁷ Condesa d'Estienne d'Orves, *Vie de saint Philippe de Néri*, Lecoffre, p. 79: «Se empezaban las reuniones del Oratorio con la oración que hacían en común sacerdotes y seglares... Esa fue una de sus maravillas: saber reunir en una fraternidad perfecta a hombres que hasta entonces separaba todo. ¿Preveía las divergencias que iban agrandándose entre el clero y los fieles, y trataba de prevenirlas?... Algunos meses después de la instalación del Oratorio, pidió a François Tarugi y al médico Modio, laicos los dos, que compartiesen con él la predicación».

¹¹⁸ Lecanuet, *Montalembert*, Paris, Poussielgue, 1899, t. II, p. 500.

¹¹⁹ Cuando, en algunas pocas órdenes fundadas entre los siglos XV y XIX, coexisten los dos elementos, uno de ellos es accesorio: así, en los Hermanos de San Juan de Dios, los sacerdotes son sólo capellanes y no son admitidos a los cargos. En los religiosos de las Escuelas Pías, fundados por san José de Calasanz, los hermanos coadjutores en un momento fueron admitidos a funciones análogas a las de los sacerdotes, pero pronto fueron reducidos a la condición de meros sirvientes. Cf. Timon-David, *Vie de saint Joseph Calasanz*, Marseille, 1884, I, p. 307; II, p. 32 y siguientes.

comunidades benedictinas estaban compuestas indiferentemente de sacerdotes y laicos, como nos lo hace ver la regla de san Benito¹²⁰. La evolución vino a partir de la edad media, en la época en que los religiosos, dejando de aplicarse exclusivamente a su santificación personal, salieron de sus conventos para trabajar en la salvación de las almas. El ministerio sacerdotal, rodeado de un gran respeto en una sociedad en que todas las instituciones eran cristianas, les pareció un auxiliar indispensable de su apostolado y, poco a poco, los institutos que se dedicaban a la evangelización de los pueblos se hicieron eclesiásticas. Cuando se fundaron órdenes religiosas de vida activa cuyo fin no exigía el carácter sacerdotal, como los Hermanos de San Juan de Dios y los Hermanos de las Escuelas cristianas, fueron completamente laicas.

Así pues, la originalidad del P. Chaminade consistía en volver a la constitución de las primeras comunidades religiosas, pero no dándoles una vocación contemplativa, sino una vocación activa de evangelización. Se separaba de la tradición, que, desde la edad media, aplicaba a esta segunda vocación comunidades exclusivamente eclesiásticas o laicas. Según él, los tiempos nuevos permitían la fusión de los dos elementos e incluso la exigían en cierta medida. Efectivamente, varias de las congregaciones fundadas a lo largo del siglo XIX han entrado en el surco labrado por el P. Chaminade y han creado una corriente diferente de la que dominaba las formas de la vida religiosa hasta nuestro tiempo.

¿Cómo se realizaría en la práctica esta unión de los dos elementos? El P. Chaminade no lo sabía exactamente: al principio se contentaba con remitirse a la misma regla de san Benito que le servía de guía, aunque no respondiese más que a una parte de las necesidades, puesto que no preveía las obras de apostolado. Convencido de que esta unión era conforme a los planes de Dios sobre su Compañía, el fundador pensaba que, por el momento, su deber era realizarla de hecho, dejando a la Providencia el cuidado de indicar, por las lecciones del tiempo y de la experiencia, las reglas más apropiadas para este nuevo tipo de comunidades.

El plan constitutivo redactado por David Monier se contentaba con distinguir «las personas en el Instituto en tres clases que son los sacerdotes, los laicos letrados y los asistentes¹²¹». Y añadía: «Los sacerdotes y los laicos forman dos colegios que son distintos en varios aspectos». David Monier, preocupado, como hombre de leyes, de la existencia legal de la Compañía y esperando poder establecerla sobre las bases del derecho común, quería constituir entre los laicos una asociación civil que cubriría los bienes de la Compañía e impediría al gobierno someterlos a una legislación de excepción. Ese era el sentido de la distinción de los dos colegios. El P. Chaminade no admitió de ninguna manera esta distinción y no sometió a la aprobación del arzobispo la parte del trabajo que la contenía. Además, no la sustituyó con nada y no estableció por el momento ninguna regla sobre las relaciones mutuas de las dos clases.

En el resumen sometido a monseñor d'Aviau, no se trató del hábito de los religiosos. Se había acordado, desde el origen, que se evitaría llamar la atención del mundo con un hábito particular. Pero se convino en que se vestiría uniformemente y se adoptó lo que en la ciudad vestía entonces la clase media: pantalón negro, chaleco negro, levita negra o marrón, corbata blanca en las ceremonias y sombrero de copa. Muchas órdenes religiosas habían hecho lo mismo al principio: se habían contentado como hábito el vestido usado en su tiempo en una clase de sociedad determinada. Al conservar esta manera de vestir cuando todo cambiaba a su alrededor, habían acabado por tener un hábito propio y distinto del de las gentes del mundo. No debía suceder lo mismo en la nueva Compañía, porque afirmaba como principio constitutivo su intención de no distinguirse ostensiblemente de la sociedad civil en que vivía, admitiendo así, con algunas reservas, la variabilidad del hábito, lo que no era el caso de las órdenes religiosas antiguas.

En los primeros años, el P. Chaminade sufrió un asalto sobre esta cuestión del hábito por parte de algunos religiosos del nordeste de Francia que pretendían que en su tierra «el hábito hace

¹²⁰ Particularmente en el capítulo 62, *De los sacerdotes en el monasterio*: «Si algún Abad pide que se ordene sacerdote o diácono a alguno de los religiosos, que se escoja uno que pueda ejercer dignamente el oficio del sacerdocio. Pero el que sea ordenado que se guarde bien de elevarse y dejarse llevar por el orgullo... que considere siempre el rango de su entrada en el monasterio... que sepa que sigue estando obligado a guardar y seguir las órdenes del prior y de los otros superiores». Y en el capítulo 60: «Si se le da (al sacerdote) un sitio por encima de los demás a causa de su sacerdocio, que considere el rango que debía tener cuando entró en el monasterio y no el que le dan por respeto a su carácter sacerdotal».

¹²¹ En los primeros tiempos, se llamaba *asistentes* a los religiosos destinados a trabajos manuales.

al monje»¹²², y que una sotana sería mejor acogida. Pero la gente del mundo de esos mismos lugares no compartían esa opinión¹²³ y el P. Chaminade no abandonó su manera de ver y escribía¹²⁴: «Me confirmo cada vez más en que hemos tomado el camino adecuado en el hábito modesto adoptado por los laicos. Hemos podido notar que nuestros Hermanos edifican mucho más en general por la manera de que van vestidos y por su modestia que si tuviesen un hábito completamente religioso, como se entendía antes de la Revolución. Me parece que estos hábitos antiguos convienen muy poco a los que, como nosotros, se dedican a la multiplicación de cristianos». Y algunos días después, en esta misma correspondencia, añadía¹²⁵: «Persisto en la mismas ideas que le manifesté sobre el hábito de los hijos de María: podría incluso decir que se refuerzan, tanto en la reflexión como en la oración». Desde entonces, el tema quedó zanjado.

En el esbozo de las Constituciones redactado por David Monier, el capítulo del gobierno era casi insignificante. Comprendía tres pequeños párrafos, de los que transcribimos el primero porque era el más importante: «El gobierno del Instituto, por lo que respecta a lo espiritual, se confía a un director general, y el gobierno particular de cada casa a un superior que es presentado al Superior general para su nombramiento». David Monier había tratado de determinar un sistema de elección, pero el P. Chaminade no quiso hacerlo y no lo sometió a la aprobación de monseñor d'Aviau. Consideró más prudente contentarse por el momento con estas líneas generales, esperando que la oración, la meditación y la experiencia le proporcionarían el conocimiento de las mejoras que hubiera que introducir y las lagunas que hubiera que colmar.

Lo esencial para él era inculcar profundamente en sus hijos el fin que tenían que perseguir y el espíritu que debía animarles. El fin era el celo, el apostolado ejercido bajo los auspicios de María. Decía en el retiro de 1821^d: «Nuestro espíritu es el celo, el celo de la gloria de Dios por el conocimiento y el amor de la augusta María. Cada Orden tiene un espíritu que le es propio. Este espíritu propio es efecto de la inspiración divina y ha sido apropiado a las circunstancias y a las necesidades de cada siglo. Y ved en qué tiempo ha suscitado Dios la creación del Instituto de María. Echemos una mirada sobre este siglo: ¡Dios mío!. ¡Qué espantosas tinieblas, qué terrible depravación, qué desoladora indiferencia por la salvación! En los siglos precedentes, la corrupción sólo se había introducido en el corazón, pero hoy la mente y el corazón están igualmente gangrenados. Y el mal de la mente es incomparablemente más dañoso e incurable que el del corazón. En este tiempo de desolación, y cuando la generación que acaba de nacer y las que le seguirán se ven amenazadas de ser devoradas por la irreligión y la impiedad, Dios funda el Instituto de María... Así pues, Dios nos llama, no sólo a santificarnos, sino a reavivar la fe en Francia, en Europa, en el mundo entero. ¡Qué gran empresa! ¡Qué santa! ¡Qué generosa! ¡Qué fascinadora para un alma que pone todo su empeño en la gloria de Dios y la salvación de sus semejantes! ¡Dios nos ha escogido, entre tantos otros para esta empresa!». Repetía sin cesar a sus hijos: «Todos sois misioneros, cumplid vuestra misión»¹²⁶ «Habrá que ir hasta el fin del mundo, si Dios nos llama»¹²⁷.

Para conseguir ese fin, los religiosos de María, estarán marcados con una impronta especial, «la impronta del Instituto»¹²⁸, resumido por el fundador en el *espíritu interior*. Dice en el retiro de 1821: «Lo que debe caracterizarnos es el espíritu interior». Porque sí, por el apostolado, la Compañía de María sacrifica algo de las formas exteriores de la vida religiosa, tan adecuadas para mantener el fervor, debe dar mayor importancia a la vida interior, que queda como su principal salvaguardia. En el pensamiento del fundador, ese espíritu interior debe ser el resultado para el religioso de María de cuatro elementos esenciales y característicos: la devoción a María, la fe, la modestia y el espíritu de familia.

¹²² Carta de Laugeay al P. Chaminade, 16 de enero de 1822: en ella habla de Louis Rothéa. *AGMAR* 26.4.315.

¹²³ Xavier Rothéa lo testimonia en una carta a su hermano sacerdote, en que le dice que «la sotana espantaría a los liberales» en Alsacia más que en otra parte (14 de febrero de 1822).

¹²⁴ Carta a Caillet, 3 de mayo de 1825. *Cita entresacada de la carta 338, Lettres, t. II, p. 37-38.*

¹²⁵ 16 de mayo de 1825. *Carta 342, Lettres, t. II, p. 44.*

^d La cita está entresacada del famoso “cuaderno rojo” (*AGMAR* 10.9.1), menos la primera frase que no se encuentra en el original. Cfr. *Quentin Hakenewerth, “El espíritu que nos dio el ser”, SM, Madrid 1992, p. 46ss.*

¹²⁶ Al P. Chevaux, 7 de febrero de 1834. *Carta 725, Lettres, t. III, p. 378.*

¹²⁷ A David Monier, 31 de marzo de 1823. *Carta 233, Lettres, t. I, p. 408.*

¹²⁸ Carta al P. Caillet, 23 de junio de 1826. *Carta 407, Lettres, t. II, p. 222.*

Convenía que la *devoción a María* fuese la primera señal de un religioso que pretende trabajar por la salvación de las almas bajo los auspicios de María, ser, según la expresión del P. Chaminade mismo¹²⁹ «el soldado de María, el misionero de la Virgen Inmaculada para los pueblos». Hemos oído al fundador aplicar a menudo ese carácter al apostolado ejercido en la Congregación: ¡con cuánta mayor razón debía reivindicarlo para unas órdenes religiosas enteramente dedicadas a María! También le hemos visto distinguir con este signo característico la fundación que proyectaba cuando estaba a punto de reunir en comunidad a las Hijas de María¹³⁰, y, una vez establecido el pequeño convento, le hemos oído repetir a sus hijas: «No necesito decirlos que el santo Nombre de María debe encontrarse como naturalmente en todas partes»¹³¹. La fiesta de este Nombre bendito, defensa tutelar de las dos órdenes, les fue asignada por el fundador como su fiesta patronal en 1823.

Su intención era que el voto de estabilidad emitido por sus hijos tuviese el sentido formal de un compromiso de honor al servicio de María y todas las tardes ponía en sus labios y en los de las Hijas de María la expresión de los sentimientos encerrados en este voto. Este hermoso *acto de consagración a María* merecería ser citado aquí en toda su extensión; transcribimos al menos sus primeras frases: «Soberana del cielo y de la tierra, postrados al pie de vuestro trono y cautivo nuestro corazón por el amor y el respeto, os ofrecemos el homenaje de nuestros servicios y alabanzas, nos consagramos a vuestro culto, abrazando con transportes de alegría un estado en el que absolutamente todo se hace bajo vuestros auspicios, y se obliga uno a alabaros, servirlos, publicar vuestras grandezas y defender vuestra Concepción Inmaculada. ¡Ojalá que nuestro celo por el honor de vuestro culto y los intereses de vuestra gloria pueda vengaros de los atentados de la herejía, de los ultrajes de la incredulidad, de la indiferencia y el olvido de la mayor parte de los hombres!». Y el acto se prosigue con el entusiasmo del celo que, bajo los auspicios de María, quisiera ver descender la gracia abundantemente sobre la tierra. Efectivamente, la conversión del mundo es la misión de los nuevos hijos de María y, para ellos, como para los congregantes religiosos, la virtud de celo deriva de su consagración a María. Al mismo tiempo, encontrarán en esta consagración su fuerza y la prenda de sus esperanzas. Les dice el fundador¹³²: «Si el temor, la timidez o incluso la desconfianza entrasen en su corazón, piense en la protección especial de la augusta María que le rodea. Si obrásemos solos y con miras humanas tendríamos razones para turbarnos, pero no es así». «Esta Compañía, que es tan débil y tan imperfecta en el conjunto de sus miembros y sobre todo en su primer jefe, se cree fuerte y potente con la posesión del nombre de María»¹³³.

Decía también el P. Chaminade¹³⁴: «Es imposible separar la devoción a san José de la de la divina María, su augusta esposa. Pensaba que en sus hijos la devoción a la santísima Virgen encerraba un culto muy especial a san José». Dice a este respecto¹³⁵: «Somos, sin duda, los hijos de María y esa es nuestra gloria y nuestro consuelo; pero somos también los hijos adoptivos de san José, y por eso tenemos confianza en él». Ocupaba un amplio espacio en las oraciones de cada día y sobre todo en las súplicas especiales con motivo de algún acontecimiento importante. Finalmente, a María y a José, el P. Chaminade asociaba a san Juan, «el hijo mayor de nuestra divina Madre»¹³⁶. Para el día de su fiesta había conseguido la exposición del Santísimo Sacramento en la iglesia de la Madeleine.

La *fe* era a los ojos del fundador una base no menos indispensable del Instituto de María. Él era testigo desde su infancia de un debilitamiento progresivo de la verdad revelada en la sociedad que le rodeaba y se había dado cuenta de las calamidades que resultaban de ello. Sentía vivamente este retroceso del espíritu cristiano y, como consecuencia, de toda verdadera civilización, de todo

¹²⁹ A Perrodin, con ocasión de su profesión, 9 de febrero de 1840. *Carta 1190, Lettres, t. V, p. 147.*

¹³⁰ Véase capítulo 20.

¹³¹ 30 de julio de 1816. *Fecha equivocada: se trata de carta 70, de 20 de julio de 1816, Lettres, t. I, p. 119.*

¹³² Al P. Caillet el 17 de agosto de 1824. *Carta 309, Lettres, t. I, p. 612.*

¹³³ Al P. Noailles, 15 de febrero de 1826. *Carta 388, Lettres, t. II, p. 179.*

¹³⁴ *Manuel du Serviteur de Marie*, edición de 1804, p. 9.

¹³⁵ Al P. Lalanne el 9 de marzo de 1833. *Fecha equivocada; se trata de la carta 674, de 19 de marzo de 1833, Lettres, t. III, p. 267.*

¹³⁶ La Madre de Trenquelléon a la Madre Marie-Joseph, el 24 de diciembre de 1824. *Fecha y destinataria equivocadas; se trata de la carta 696.7, de 12 de diciembre de 1826, a la Madre Sagrado Corazón, ABT, v. II, p. 591.*

verdadero progreso. Se propuso proporcionar el remedio al mal, sustituir claramente el culto de la razón por el culto de la fe, la proclamación de los derechos del hombre por la afirmación del *Credo*. El *Credo* es el arma por excelencia que confía a sus discípulos, y, para que sepan utilizarlo, no se cansa de presentárselo en todos sus aspectos. Desearía modelar el espíritu de sus hijos con la verdad revelada, de manera que ella fuese no sólo el guía de sus pasos, sino también como una segunda naturaleza que brota espontáneamente en todas sus palabras y obras, de modo que los presentase como un evangelio viviente. Si respondían a este ideal, no tenían nada que temer: la fe sería la roca inquebrantable sobre la se fundaría el Instituto. Escribía un día¹³⁷: «Creo que, aunque pueda experimentar alguna sacudida, el Instituto se sostendrá, porque Dios nos ha inspirado darle un fundamento tan sólido como el de la fe».

La tercera característica que el fundador exigía de sus discípulos era la *modestia*, reflejo exterior de las dos perlas escondidas que se llaman humildad y sencillez. Es la sabia medida en todas las cosas: en la manera de vestir, de estar, de comportarse, de pensar y de hablar de sí mismo.

Conocemos ya sus ideas relativas al hábito. Se resumen en lo que decía a uno de sus discípulos¹³⁸: «Alguna vez me han preguntado en el mundo: ¿Cuál es el hábito de sus religiosos? La respuesta que yo he dado siempre es que es la modestia». Al mismo tiempo, se alzaba con fuerza contra toda tendencia a seguir las fantasías de la moda, a introducir algún cambio que diese a la manera de vestir un aire mundano. Decía¹³⁹: «Que nuestros religiosos tengan un modo de vestir humilde, modesto y que favorezca la modestia, pero sin atropellar demasiado abiertamente las ideas y los gustos del siglo en que Dios nos ha hecho nacer; debemos atraer al mundo y sobre todo a la juventud, debemos atraerla de todas las maneras, por nuestras formas agradables, amables, pacientes, también por nuestro modo de vestir».

Quería a sus religiosos modestos en la manera de hablar de su Instituto. A ejemplo de san Francisco de Sales¹⁴⁰ y san Vicente de Paúl¹⁴¹, se complacía en la pequeñez de su fundación y empezaba el texto de las Constituciones con estas palabras: «La pequeña Compañía que ofrece sus débiles servicios a Dios y a la Iglesia, etc...». A propósito de una alta recomendación que le prometían, decía¹⁴²: «*Noli altum sapere*; ¿no somos demasiado pequeños para una protección tan alta como la de monseñor el duque de Burdeos? Hagamos todo el bien que podamos, pero no busquemos aparecer, ni hacernos conocer más que lo necesario para hacer el bien actual que hacemos».

Comprendida así, la modestia es inseparable de esa sencillez de buena ley que no conoce ni la malicia ni el disimulo, y de la que el fundador decía¹⁴³: «Hermosa y noble sencillez en todos nuestros procedimientos, franqueza, lealtad, prudencia, he ahí todo nuestro arte en nuestras relaciones con los hombres. Nuestro Señor haber hecho de ella como el resumen de su doctrina: *Estote ergo simplices sicut columbae et prudentes sicut serpentes*». Decía además¹⁴⁴: «La lealtad, la franqueza y el desprendimiento forman nuestro carácter».

Finalmente, quería imprimir a su Instituto un cuarto sello distintivo, el *espíritu de familia*. En esta familia, la autoridad de las funciones o del carácter sacerdotal debe conservar todos sus

¹³⁷ A la Superiora de las Hijas de María, 23 de septiembre de 1830. *Carta 546, Lettres, t. II, p. 515.*

¹³⁸ Sylvain.

¹³⁹ Al P. Caillet, 17 de junio de 1825. *Pequeño error; es la carta 350, de 16 de junio de 1825, Lettres, t. II, p. 60.*

¹⁴⁰ «Es el auténtico espíritu de nuestra Visitación mantenerse abyecta y pequeña, y estimar sólo lo que complace a Dios viendo su abyección... Que esté entre las congregaciones como la violeta entre las flores, baja, pequeña, de color menos brillante; que le baste con que Dios la ha creado para su servicio, para que dé un poco de buen olor en la Iglesia».

¹⁴¹ «Sí, lo digo de nuevo, si somos verdaderos misioneros, cada uno de nosotros en particular debe estar contento de que se nos tenga por espíritus pobres y endebles, gente sin virtud, que se nos trate como ignorantes, que se diga de nuestra Congregación en general que es inútil a la Iglesia, que está compuesta de pobre gente...»

¹⁴² Al P. Caillet, 30 de abril de 1825. *Carta 336. Este pasaje, sin embargo, no es una reproducción íntegra del original; es una cita entresacada. Cfr. Lettres, t. II, p. 33-34.*

¹⁴³ Al P. Caillet, 16 de junio de 1824. *Carta 299, Lettres, t. I, p. 588.*

¹⁴⁴ A Gaussens, 28 de marzo de 1827. *Fecha equivocada; se trata de la carta S 1127 ter, de 27 de marzo de 1839, Lettres, t. VIII, p. 779. Hay además un error manifiesto en la alusión a esta cita que se hace en la reseña sobre M. Gaussens, Lettres, t. I, p. 264, línea 1 y 2: no se trata del carácter de M. Gaussens, sino del carácter de nuestra Compañía.*

derechos, pero la sumisión debe ser filial y el mando paternal. Ya en la Congregación, la gran fuerza para el bien era la participación de todos en una edificación común. Con mayor razón en sus institutos religiosos exige este espíritu de verdadera fraternidad en que todos, sacerdotes y laicos, letrado e iletrados, unidos por los lazos de una misma devoción a María, no forman más que un corazón y un alma, y realizan, mejor todavía que en la Congregación, el ideal de la Iglesia primitiva.

No hay ninguna recomendación más frecuente y en términos más apremiantes en su pluma y en sus labios que la de la *unión* y la *armonía*, entre los miembros de una comunidad y entre los miembros de toda la Compañía. Suplica a sus hijos «que se miren todos como solidarios de todo» en la Compañía. Escribe¹⁴⁵: «Mi mayor satisfacción será veros a todos siendo uno. ¡Qué hermosa Compañía ésta en que todos los miembros y sobre todo los jefes no tienen más que un corazón y un alma! Espero que así será la Compañía de María». Sigue diciendo: «Siempre moderación, paz, unión, amistad entre los hijos de María; nunca disputa». Y añade¹⁴⁶: «Querido hijo, si permanecemos bien unidos por la dirección del espíritu de Jesucristo, bajo los auspicios de María, seremos muy fuertes. El infierno reunido no podrá nada contra nosotros: *Et ipsa conteret caput*». Cuando se entera de que en una de sus casas se ha introducido una cierta frialdad entre varios religiosos, dice¹⁴⁷: «Gracias a Dios este desorden no ocurre más que ahí y aun ahí pienso que serán pocos los que se hayan imbuido de ese mal tono. Todos deben mirarse como hermanos y miembros de la misma familia espiritual. Todos deben saber cuánto aprecio los sacrificios que se hacen para mantener la unión y la concordia: *Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem*».

El fundador no perdía ocasión de marcar a sus religiosos con el «sello» constituido por esos cuatro rasgos. Sus conversaciones, cartas, conferencias, todo tendía a ese fin. En los primeros años de la fundación, sucedía que los religiosos durante todo el día estaban dedicados a sus ocupaciones con los niños. Entonces los reunía por la noche, cuando toda la casa estaba sumergida en el sueño, y, según dicen los antiguos recuerdos¹⁴⁸, «les distribuía el alimento espiritual. Con el evangelio en la mano, les daba una conferencia unas veces sobre el espíritu de fe, otras sobre los medios para conservar el espíritu interior en medio de las ocupaciones y para vivir en el mundo sin ser del mundo».

Sobre todo en los retiros anuales, no dejaba de insistir, de profundizar con sus hijos estos temas que le eran tan queridos. Cada año, hacia el mes de julio, visitaba a sus hijas de Agen¹⁴⁹, y les daba los ejercicios del retiro. En otoño era el turno de los religiosos. Saint-Laurent era siempre el lugar de la cita. En estos lugares que habían visto nacer a la Compañía, las impresiones de los retiros de 1817 y de 1818 se despertaban cada año, y el propio P. Chaminade daba curso libre a la emoción de su alma, llena de las enseñanzas que quería que siguiesen sus hijos y de las grandes esperanzas que fundaba en ellos. Las reseñas de la mayor parte de estos retiros han llegado hasta nosotros, y muestran la profunda impresión producida en las almas por estas instrucciones. Su tono era sencillo y familiar, pero a veces se elevaba hasta la elocuencia, cuando el fundador se ponía a desarrollar las maravillas de la fe, la felicidad de servir a María o la sublimidad del despojamiento total en la vida religiosa.

Pero se superaba cuando hablaba de su querido Instituto de María por el que esperaba ver tan glorificado a Dios y tan servida a María. Decía¹⁵⁰: «Subid siempre: la montaña de la perfección no tiene cima aquí abajo. El que os ha llamado a un estado tan santo, el que os ha llamado de las tinieblas a la luz, os dará fuerza. Si estáis tentados de desánimo, acordaos de que estáis especialmente consagrados a María. ¿No veis que en el Instituto todo está dirigido hacia la santa Madre de Dios? Si la devoción a María es una señal de predestinación ¿qué no habrá que esperar de una Orden que le está consagrada? Está predestinada a recibir grandes favores. Exclamemos pues: Virgen santa, somos para ti, bajo tu protección lucharemos y propagaremos tu culto: ¿hay que ir a

¹⁴⁵ A Clouzet, 6 de junio de 1824. *Carta 295, Lettres, t. I, p. 579.*

¹⁴⁶ A Chevaux, 14 de diciembre de 1832. *Carta 655, Lettres, t. III, p. 209.*

¹⁴⁷ Al P. Chevaux, 17 de agosto de 1833. *Pequeño error de fecha; es la carta 699, de 18 de agosto de 1833. Pero es también una cita entresacada, Lettres, t. III, p. 319-320.*

¹⁴⁸ Notas de Pierre Serment.

¹⁴⁹ Antes de 1830 sólo faltó una vez; fue en 1825, por circunstancias totalmente excepcionales que le impidieron alejarse de Burdeos.

¹⁵⁰ Retiro de 1822. *En el cuaderno clasificado como "Anonyme A", 5^{ème} méditation. También es una cita entresacada.*

las extremidades del mundo? aquí tienes misioneros; ¿hay que sufrir todas las persecuciones? aquí tienes mártires, etc.».

Después de estos sermones, el P. Mouran, el Superior del Seminario mayor de Agen, escribía en sus notas: «Dios mío, tú conoces mi cariño a este santo estado, pero te contentas con que trabaje por él y anime a ello a los que me son confiados. Sí, Dios mío, me doy a esta obra de por vida. Hay que ganar el cielo; se ganará por este medio; Dios lo prueba con las bendiciones que derrama sobre el que pertenece a María, sobre el Instituto de María, primero tan pequeño, ahora tan grande, y que tiende a extenderse cada vez más. ¡Ojalá se extienda por todas partes! Ése es el deseo de mi corazón, ése será constantemente el fin de mis pobres esfuerzos».

El P. Mouran no era el único que, sin pertenecer propiamente a la Compañía, pedía el favor de tomar parte en estos deliciosos retiros: otros sacerdotes de Agen, Laumont y Serres, sacerdotes de Burdeos, como Noailles y Bouet, piadosos laicos, como Lacoste de Agen, O'Lombel de París, Magnan de Burdeos, eran igualmente admitidos en calidad de afiliados. Los ejercitantes estaban estrechos en las pobres casitas de Saint-Laurent, donde todo, excepto la capilla y la cocina, se convertía por la noche en dormitorio¹⁵¹.

En uno de estos retiros, en 1822, el P. Chaminade propuso adoptar un signo externo con el que los religiosos se reconocerían entre ellos, sin distinguirse al mismo tiempo del mundo. Se acordó la elección de un anillo de oro, que no prevendría al público, puesto que todo el mundo lleva en cierta manera anillos: este signo serviría además para recordar a cada religioso del Instituto «la alianza que había contraído con María y el servicio que Dios tenía derecho a esperar de él»¹⁵².

Los votos se emitían o se renovaban el día de la clausura. En espíritu de conmovedora fraternidad, el propio P. Chaminade servía a la mesa. El mismo día o al día siguiente iba en persona a donde el arzobispo para recibir la bendición de monseñor d'Aviau. Al buen prelado, casi desde el origen, le gustaba anticiparse a sus hijos. A la mañana de la clausura iba él mismo a Saint-Laurent, celebraba la Misa, y bendecía a su pequeña familia, diciéndoles: «Creced como el trigo del Señor». Hasta el fin de su vida, es decir hasta 1826, les dio esta señal de su particular simpatía.

Desde 1819, el Instituto naciente gozaba de una bendición más preciosa todavía, la del Soberano Pontífice. Como hijo dócil de la Iglesia, el P. Chaminade no quería emprender nada sin informar de ello al Padre común de los fieles. No tenía intención todavía de solicitar una aprobación. No había llegado el momento; antes sus hijos tenían que dar pruebas. Por ahora, se contentaba con llevar al conocimiento del Soberano Pontífice lo que había hecho y lo que se proponía hacer y, como prenda de la benevolencia pontificia, pedía para sus hijos algunos favores espirituales.

A continuación de una súplica relativa a las congregaciones, fechada el 18 de enero de 1819, el P. Chaminade hablaba de sus dos fundaciones en estos términos^e: «El suplicante debe presentar al menos para su bendición apostólica a dos asociaciones salidas del seno de las congregaciones: una está en la ciudad de Agen y la otra en Burdeos. La primera es una asociación de vírgenes que, bajo la autoridad de un prelado que no deja de hacer todo el bien que está a su alcance, se han consagrado a la propagación de la fe, al mismo tiempo que han hecho sus votos de religión. Han tomado el título de Hijas de María. La asociación de Burdeos está compuesta de hombres que, con el mismo espíritu que las Hijas de María, han emprendido con los mismos votos la misma carrera, con la sola diferencia exigida por la diversidad de sexos. El prelado de la sede arzobispal de Burdeos ha aprobado este intento, que el que suscribe desea también poner bajo la mirada de Su Santidad». Y pedía para sus hijos de los dos institutos cuatro indulgencias plenas: en el día de la emisión de los votos, en el día de su renovación anual, con ocasión de las oraciones de la Cuarenta horas e in articulo mortis. Monseñor Jacoupy y monseñor d'Aviau apoyaron la súplica, y Pío VII, que acababa entonces su doloroso pontificado, respondió, el 25 de mayo de 1819, con un breve afectuoso que concedía los favores solicitados.

¹⁵¹ En 1820, hubo 23 ejercitantes, 32 en 1821, 54 en 1822, 57 en 1823, a pesar de la marcha de la primera colonia a Saint-Remy. En los años siguientes se alcanzó la cifra de 70. No se podía sobrepasar ese número, por lo exiguo del local.

¹⁵² Acta del retiro de 1822. *Otra fecha equivocada. El anillo, como signo, se adoptó en el retiro de 1818 (AGMAR 12.11.1). Cfr. también J.V., t. IV, p. 223.*

^e Carta 110, *Lettres*, t. I, p. 195.

Los miembros de la pequeña Compañía de Burdeos, como los del convento de Agen, se mostraban dignos del aliento que recibían. Dice Lalanne¹⁵³: «Amaban su Instituto: lo habían fundado con intenciones puras, con una abnegación generosa, con elementos de éxito y en circunstancias favorables que les permitían esperar que sus sacrificios conseguirían sus frutos. Desde su juventud, abandonando el mundo y sus seducciones, habían plantado sus tiendas para pasar su vida en esa profunda alegría que el Salvador del mundo ha dejado para todo bien que realicen sus servidores aquí abajo».

Su *Buen Padre* tenía que moderar el ardor de sus hijos. Uno, al renovar sus votos, decía ingenuamente «que él quisiera que la palabra *perpetuo* expresase un tiempo un poco más largo»¹⁵⁴. Otro escribía la fórmula con su propia sangre¹⁵⁵. Uno de ellos escribía más tarde¹⁵⁶: «Recordaré siempre con gran emoción, el tiempo feliz que he pasado en la calle des Menuts¹⁵⁷; casi todo el mundo se quejaba entonces en la comunidad de que la regla fuese demasiado suave». El religioso que habla así había tomado la costumbre «de acostarse sobre un simple jergón, de ayunar los miércoles y viernes, de no beber vino, salvo caso de conveniencia o necesidad»¹⁵⁸.

El temple de estos religiosos no se desmentía en la prueba suprema de la agonía y de la muerte. Al fin tan dulce de Sor Elisabeth en Agen, en abril de 1819, le siguió de cerca una muerte no menos envidiable en Burdeos, la del primer Hermano de María, el joven Antoine Cantau, que expiró el mes de agosto siguiente. Desde hacía tiempo, el servicio militar había alterado una salud demasiado delicada. En comunidad, no se cuidó, ocupado del servicio de Dios y de sus hermanos. Guardó cama al principio de julio de 1819. El día de Nuestra Señora del Carmen, monseñor d'Aviau sorprendió a la comunidad en sus ocupaciones habituales. El enfermo, al enterarse de que el arzobispo estaba en la casa, se levantó de la cama y se arrastró al paso del prelado para recibir su bendición. Conmovido, el santo anciano, que sabía que el hermano estaba desahuciado por los médicos, le dijo: «Querido hijo, usted tiene una enfermedad peligrosa, y en el estado en que está ¿piensa alguna vez en la vanidad de las cosas de aquí abajo?». El buen hermano respondió con sencillez: «Monseñor, yo he renunciado al mundo; hace tiempo que ha complacido a Dios darme la gracia de despreciar lo que está en el mundo».

El P. Chaminade estaba ausente, visitando a sus hijas de Agen. El enfermo deseaba con toda el alma la vuelta de su Buen Padre. Cuando por fin llegó y se inclinó sobre el lecho del moribundo, se vio brillar en este rostro extenuado como un primer rayo del paraíso. A partir de ese momento, el buen religioso no pensó más que en el cielo. La víspera de la Asunción, dijo al señor Auguste que no le dejaba en ningún momento: «He pedido a Dios morir mañana». La santísima Virgen le llamó durante la octava. El 20 de agosto recibió los últimos sacramentos y, dirigiéndose a los hermanos reunidos alrededor de él, «les pidió, con conmovedora humildad, que le perdonasen todos los escándalos que le habían dado, sobre todo durante su enfermedad, se reprochó de haber empleado tan mal una vida que iba a acabar y exhortó a sus hermanos a actuar mejor que él»¹⁵⁹. Hacia el anochecer, la muerte vino dulcemente a recoger para el cielo las primicias de la nueva Compañía.

Evocando estos recuerdos, se presenta a nuestra pluma un texto de la *Imitación de Cristo*: «¡Qué grande es el fervor de todos los religiosos al comienzo de su santo Instituto! ¡Qué devoción en la oración! ¡Qué emulación para la virtud! ¡Qué perfecta regularidad! ¡Qué respeto y qué obediencia en todos a las prescripciones de la regla!»¹⁶⁰.

Fin del volumen I

¹⁵³ Memoria del 23 de febrero de 1842, p. 18.

¹⁵⁴ Laugeay, retiro de 1819.

¹⁵⁵ El P. Chaminade habla de ello al P. Lalanne en su carta del 20 de marzo de 1830. *Carta 509, Lettres, t. II, p. 449*.

¹⁵⁶ Louis Rothéa, carta al P. Chaminade, 13 de marzo de 1837.

¹⁵⁷ Donde se trasladó la comunidad al salir del callejón Ségur, a finales de 1818.

¹⁵⁸ Louis Rothéa al P. Chaminade, 14 de marzo de 1831.

¹⁵⁹ Relato del señor Auguste.

¹⁶⁰ *Imit.*, I, XVIII, 5.